
22101977982



CAMINOS POSIBLES

PARA

DESCUBRIR AMÉRICA

Y CAUSAS DE HABER SIDO EL MÁS IMPROBABLE

EL MÁS RÁPIDO Y FECUNDO.

ATENEO DE MADRID



CAMINOS POSIBLES

PARA

DESCUBRIR AMÉRICA

Y CAUSAS DE HABER SIDO EL MÁS IMPROBABLE

EL MÁS RÁPIDO Y FECUNDO

CONFERENCIA

DE

D. EDUARDO LEÓN Y ORTIZ

pronunciada el día 5 de Mayo de 1892



MADRID

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO «SUCESORES DE RIVADENEYRA»

IMPRESORES DE LA REAL CASA

Paseo de San Vicente, núm. 20

1894

Señoras y Señores:

Ven algunos historiadores en los grandes descubrimientos y extraordinarios sucesos, más bien la obra colectiva que el esfuerzo individual. Opinan que los tenidos por genios son instrumentos accidentales de la ley de progreso, porque cuanto fué debía suceder, y con este criterio refieren tranquilamente los hechos de los individuos y de los pueblos, sin asombrarse de nada, dado el inevitable enlace que en ellos imaginan. Como todo genio aparece tras de generaciones cuyos trabajos aprovecha, á imitación de las plantas que se nutren con los restos de otras que fueron, en esos trabajos anteriores fijan principalmente su atención, y á ellos atribuyen la mayor parte del mérito, no concediendo al hombre eminente otro valor que el del término medio de una proporción continua, término que participa de consecuente y de antecedente, término que responde á un estado de madurez propicio para alcanzar un fruto, ya por su propia sazón pronto á desprenderse.

Argumentos, al parecer poderosos, les suministra para esta su opinión el grandioso descubrimiento de América. ¿Fué en realidad Cristóbal Colón quien halló un Nuevo Mundo? Más bien lo atribuyen á la brújula y á la aplicación del astrolabio al arte de navegar, porque con tales inventos, conseguidos por una civilización adelantada, se eximían los marinos de la servidumbre á la tierra y, en vez de limitarse á costear temerosos

de que los vientos los apartaran demasiado, podían aventurarse por mares desconocidos, con la seguridad de saber encaminarse á su vuelta; y en semejantes condiciones, si Colón no hubiese descubierto América, no faltara otro que lo hiciera. ¿Fué en realidad Hernán Cortés quien conquistó el Imperio de Méjico? ¿Fué Francisco Pizarro quien conquistó el del Perú? Antes lo conceden á los poderosos medios de que disponía el hombre civilizado. Pues contaba éste en primer término con el dominio sobre el caballo, dominio que, como dice Buffón, es la más noble conquista realizada por el hombre en el reino animal, por cuanto le proporciona un auxiliar tan dócil que, reprimiendo su propio impulso, sabe obedecer á quien le guía y aun parece consultar sus deseos; tan intrépido que se acostumbra al estruendo de los combates, donde se anima con el mismo ardor que el jinete, y tan unido á éste en todo, que así afronta los peligros de la guerra y comparte sus fatigas, como cabecea luego ufano con las palmas del triunfo. Y aparte de este dominio, tenía el hombre civilizado poderosas armas defensivas y ofensivas: armaduras de hierro, cascos y escudos del mismo metal, espadas de bien templado acero, y sobre todo, la pólvora inflamada en el arcabuz ó el cañón, que lanzaba mortíferos proyectiles acompañados de nubes, llamaradas y estruendo, todo lo cual había de amedrentar á los pobres indios, cuya imaginación no acertaría á comprender cómo en manos de hombre alguno pudieran estar las más terribles manifestaciones de la naturaleza: el relámpago y el trueno.

Ni debe sorprender, añaden, ese mérito colectivo de la humanidad en el descubrimiento y conquista de América, cuando no son raros en la historia otros hallazgos é inventos que respondían á cierta madurez social. Pueblos que adelantaban en su civilización respectiva sin tener conocimiento unos de otros, realizaban progresos análogos: China pudo inventar la pólvora y la imprenta sin aprenderlo de Europa. Otras veces, al calor de una misma cultura, más de un genio se adelantó á coger el fruto maduro. Si Servet no se fijara en la circulación de la sangre, hiciéralo Harvey; si Newton no inventara el cálculo infinitesimal, como consecuencia de los movimientos que veía reflejados en la variación de dos cantidades enlazadas, su contem-

poráneo Leibnitz, tomando otro punto de partida no menos ingenioso alcanzara el mismo invento; y cuando la ciencia astronómica entrevió que la causa de no ajustarse el rumbo seguido por el planeta Urano á las condiciones que la teoría demandaba, debía de ser la perturbación producida por otro astro que de ése no anduviera muy lejos, si entonces no asombrara Le Verrier con la maravilla de señalar por cálculo el nuevo planeta Neptuno, sin haberlo visto en el cielo, por cálculo también, aunque emprendido por otro camino, indicara ese planeta Adams.

Pero en tales argumentos la verdad anda mezclada con el sofisma. Indudablemente, antes que sobre la haz de la tierra corriesen caudalosos ríos que repartieran la riqueza del suelo mineral y llevaran la fertilidad al suelo vegetal, largos períodos de preparación geológica hubieron de transcurrir, pues menester era ante todo formar esos suelos sobre el terreno inicial y depositar en ellos las materias que el curso de las aguas debía remover y transportar. Asi en la Era primera, tanto las islas asomadas en el Océano que envolvía el globo, como el continente boreal, más adelante aparecido, sólo alcanzan el relieve necesario para que acariciada por el cálido clima, común entonces á todas las regiones, y por un aire húmedo, lleno de ácido carbónico, crezca una vegetación ni hermosa ni variada, pero poderosa por su abundancia para purificar el ambiente, dejándolo prevenido para animales superiores á los que en tal Era lo aspiran, y poderosa también para formar los lechos carboníferos cuando lluvias torrenciales arrastren esa vegetación al fondo de los lagos. Antes y á la vez la vida esparcida por los mares, aunque en organismos no complejos, cuenta con formas apropiadas de ese filtro animal que aumenta los depósitos calcáreos. Y para completar el cuadro, convulsiones casi continuas, originadas por el repetido embate de la fuerza interior, señalan en la corteza líneas de dislocación ó rotura, acusadas por las orillas del mar que cada emersión retira, y por esas líneas, parte endeble, se derraman masas de granito y otras rocas eruptivas.

Cierran la Era primera tremendas conmociones, con las cuales se esparcen los lechos carboníferos; pero aun no aparecen los ríos caudalosos: el suelo no es bastante rico todavía. La se-

gunda Era es de provechosa calma. Así como las solfataras y los manantiales termo-minerales se producen actualmente tras la erupción de los volcanes, exhálanse, después de aquellas grandes sacudidas, emanaciones que tapizan de plomo argentífero y diversos minerales las hendiduras abiertas en la corteza del globo. Reviste la vida formas más amplias en los animales del mar y de la tierra, y son las plantas más hermosas y variadas. La igualdad de temperatura, que los restos orgánicos demuestran por doquiera y que sin duda provenía principalmente de estar el sol tan dilatado en su Era nebulosa, que sus rayos bañaban el Ecuador á la vez que ambos polos, aun no condenados á noches prolongadas, comienza, á causa de irse el sol concentrando, á borrarse muy levemente; y entonces aparecen plantas que con la caída de sus hojas alfombran el suelo. Mientras tanto el mar, no reconociendo todavía el límite puesto á sus olas, señala con sus invasiones y triunfos en esta Era diferentes períodos. Invade por varios puntos el continente emergido y al fin lo domina; y si otra vez se va retirando, de nuevo acomete y de nuevo se enseñorea; y así se mezclan con los osarios de la tierra los sedimentos y osarios marinos, amontonándose lecho sobre lecho mármoles, conchas, arrecifes coralinos y osamentas de peces y grandes reptiles, de aves más organizadas para arrastrarse que para volar, y pequeños marsupiales.

Termina tal Era de calma, y despiértase la actividad interior dando principio á la Era tercera. Gana la tierra en relieve y el alzamiento de las cordilleras señala los nuevos períodos. Elévanse primero los Pirineos y los Apeninos; luego los Alpes, los Andes y el Himalaya; acompañando á estos movimientos grandiosas manifestaciones de la fuerza interior que exceden con mucho á los actuales fenómenos volcánicos. Vuelven á abrirse, con otras nuevas, las antiguas hendiduras, y en las paredes de unas y otras depositan las emanaciones diversas materias, principalmente plata y oro. Plantas y animales muestran á la vez especies muy hermosas y variadas, pues no aparece ser alguno sin previas condiciones de existencia, y encuéntralas entonces en la diversidad de situación y clima que ofrecen el resalto de la tierra y los valles que los lagos al secarse dejan al descubierto, aparte de la variación de temperatura que en cada

período se produce, ora al avanzar en los continentes ó retirarse de ellos los mares que por el Mediodía los bañan, ó los menos cálidos que por otras partes los limitan, ora al manifestarse las erupciones volcánicas. Sin embargo, la temperatura en general es benigna é Islandia aun conserva por mucho tiempo sus bosques. Pero al terminar esa Era ó comenzar la cuarta y última, ya concentrado el sol, no abarca á la vez el Ecuador y ambos polos. Cúbrense éstos de hielos y con ello recibe poderoso impulso la circulación atmosférica. Las cimas elevadas por el alzamiento de las cordilleras constituyen centros de rápida condensación para el agua en vapor que de los mares se eleva y que los vientos dirigen. Caen en abundancia nieves y lluvias que forman grandes ventisqueros y dan nacimiento á caudalosos ríos: la fertilidad acompaña al aluvión, y el impetuoso torrente que mina el centro de la montaña, arrastra en su curso, para incrustarlo luego en el valle ó en la ribera, el precioso metal arrancado al cuarzo de los filones. *(Muy bien. Aplausos.)*

Todos esos períodos de larga preparación fueron menester para que la tierra contara con elementos y medios de riqueza que ofrecer á la agricultura é industria; y de la misma manera, no ocurren en la historia grandes descubrimientos sin que muchas generaciones los hayan lentamente preparado. Pero si hasta aquí el razonamiento es lógico, á partir de este punto falsea con suponer que tras de esas condiciones previas, el gran río como el gran descubrimiento pudo nacer en cualquier parte. No: África tiene un Nilo, pero ¿con cuántos ríos cuenta como éste? ¿Hay en la América del Norte muchos ríos como el Mississipí? Pues lo mismo puede decirse del desenvolvimiento histórico. Sin colores no se pinta: no hay Homero sin rapsodias, ni Dante sin leyendas. Mas no es este hecho el que debe recordarse cuando se juzga á los grandes hombres, sino este otro: con colores á su disposición ¿cuántos saben pintar? *(Muy bien.)* Cierto que con Newton coincide Leibnitz en la invención del cálculo infinitesimal; pero son dos genios y no diez. Luego en la obra del genio hay algo peculiar suyo, y la única conclusión legítima que cabe sentar es que la humanidad, obedeciendo á su ley de progreso, á la cual en conjunto nunca falta, alcanzaría por sí sola lo que el genio le ofrece; pero con una diferencia:

la humanidad, no impulsada por él, camina, mientras que la humanidad, cuando el genio interviene, salta y consigue en poco tiempo lo que de otra suerte le costaría mucho, tal vez siglos y siglos de alcanzar. *(Muy bien. Aplausos.)*

La verdad de estas reflexiones quedará más patente comparando el modo de verificar Colón el descubrimiento de América, con otras maneras que de realizarlo había.

I.

Cuatro caminos se ofrecían para descubrir el nuevo continente partiendo de Europa: uno natural ó lógico, dos probables, y otro muy improbable.

Era el del Nordeste, á causa de que por este lado linda Europa con Asia, la cual, á su vez por el Nordeste, está sólo separada de América por un estrecho, el camino natural ó lógico; y á seguirlo era llamado el pueblo que, en la invasión de gentes y trastorno general de naciones, con que dió comienzo la Edad Media, se había corrido desde las márgenes del Oder y del Vístula á las regiones hiperbóreas, estrechando á los fineses hacia el mar; y que establecido á orillas del lago Ilmen, había fundado la ciudad de Novgorod en unión con los roxolanos, allí también llegados, porque acometidos por otros habían tenido que abandonar la ciudad de Kiew, edificada por ellos junto al río Borístenes ó Dnieper. En efecto, el pueblo ruso, con sueños de pueblo eslavo en punto á universal dominio, ó con aspiraciones, por lo menos, á extensas conquistas, mas sin fuerzas bastantes para vencer á los germanos que le cerraban el paso hacia el centro de Europa, se veía compelido á ensanchar su territorio en las regiones septentrionales, por Oriente como por Occidente; y siervo, más bien que dueño de inmensas llanuras, poco fértiles la mayor parte, tenía que fundar ó someter ciudades y aldeas dispersas, acogidas al beneficio que la proximidad de algún río caudaloso deparara, y lanzarse en busca de playas que dieran, no cubierto por los hielos, un poco de mar, para no perecer de aislamiento sobre tanta tierra.

Acaso, aun en la misma Edad Media, hubieran avanzado los rusos con rapidez por el Nordeste de Europa, si conservaran el poderío que alcanzaron, dirigidos por los intrépidos varegos, que de Suecia, capitaneados por Rurico, pasaron en el siglo IX á la ciudad de Novgorod, que los había llamado, para quedar bajo el gobierno de ellos á salvo de las acometidas de los fineses. Pero la nación que, desde Rurico hasta su biznieto Vladimiro I, se engrandeció mucho con haber sometido Smolensko, Kiew (desde entonces, y por largo tiempo, capital de los príncipes reinantes), la Rusia Roja y la Livonia, aparte de la Biarmia, ó Arcángel, reducida por los de Novgorod, que gozaban de ciertas franquicias é iniciativa, no tardó en decaer con los asesinatos y guerras civiles, que apenas se dieron tregua desde el reparto hecho por dicho Vladimiro I entre sus hijos para la herencia de sus dominios. Transcurrieron aciagos reinados, y aun las dotes de Vladimiro II, primer czar y autócrata de los principados rusos, no pudieron evitar la decadencia. Para mayor desastre, los tártaros ó mogoles, en el siglo XIII, cayeron sobre Rusia, cuyos príncipes quedaron en la condición de humildes feudatarios del reino de Kaptchack, que Batu, nieto de Gengis-Kan y jefe de la Horda real ó de Oro, fundó cerca del Volga, donde se cruzaban las mercancías entre el Occidente y la Persia, desde que los turcos impedían el paso por el Asia menor. La barrera así opuesta era harto formidable para que en mucho tiempo pudieran avanzar los rusos hacia el Asia, pues los mogoles del Kaptchack se extendían desde el Dniester, y aun desde el Danubio, hasta el mar Caspio y los montes Urales: por añadidura, un hermano del kan Batu había ido con mucha gente á poblar los desiertos bañados por el Irtich y el Obi, donde fundó la ciudad de Sibir, de cuyo nombre se derivó el de Siberia.

Más de dos siglos tuvo que rendir Rusia vergonzoso vasallaje á los tártaros del Kaptchack, á pesar de haber hecho algunas veces heroicos esfuerzos para sacudirlo; pero á fines del siglo XV alcanzó mejor fortuna, bajo el reinado de Ivan III. Divididos y empeñados en mutuas guerras los mogoles establecidos en Europa, el kan Ahmed no pudo, como se proponía, asolar los Estados de ese príncipe ó monarca, que se negaba á pagar el

tributo acostumbrado. Perdió la vida el kan del Kaptchack, en lucha con otros tártaros, y quedó destrozada la célebre Horda de Oro. No fué esto sólo. Ivan III, que libre de ella pudo dar fuerza á su reino, imponiéndose á los casi independientes principados que lo componían, y consiguiendo mandar tanto en Novgorod como en Moscou, atacó á los tártaros de Kazan, y habiéndolos vencido, los convirtió en tributarios. Atendió también su hijo Basilio IV al engrandecimiento de Rusia, y aun más su nieto Ivan IV, quien, entre otras memorables conquistas, llevó á cabo la definitiva del reino antedicho de Kazan, la cual realizó auxiliado por los cosacos, aventureros de diverso origen, cuya existencia acreditaba cuánto había decaído en Europa el poder asiático. Procedían de mogoles, turcos, circasianos, lituanios, rusos, polacos y otros pueblos, y más ó menos mezclados, habían renunciado á la vida errante, fundando, en las islas de las cataratas del Dnieper primero, y en otros puntos después, cuerpos de individuos no casados, atenidos solamente al servicio de las armas, es decir, repúblicas militares, bajo el mando de jefes electivos. Era gente levantisca pero arrojada y dispuesta para arriesgados intentos.

De estos jefes de cosacos era Yermac Timovief, quien en el reinado de Ivan IV hizo para conquistar la Siberia atrevida campaña, asunto luego de romances y leyendas. En 1555 dicho monarca había otorgado á Anika Strogonof, rico mercader que había emprendido lucrativo comercio de pieles con esa comarca, la concesión, para él y sus hijos, de tierras á orillas del río Kama, en el distrito de Perm, con derecho á erigir fortalezas y ejercer jurisdicción; y á una de las colonias, allí fundadas por tal privilegio, vino, con los tropas que capitaneaba, á replegarse Yermac Timovief, cuando en la guerra sostenida por el Czar para someter las tribus acampadas entre el Don y el Volga, las cuales detenían las caravanas que se dirigían al mar de Azof, se vió dicho jefe obligado á batirse en retirada hacia el Ural. No tardó en merecer en la colonia gran estimación por parte de los de la familia de Strogonof, quienes, comprendiendo la ventaja que de ello se reportaría, le incitaron á combatir al kan de Siberia. Timovief se lanzó á la conquista en 1579, y aunque sólo le seguían ochocientos cuarenta cosacos, se apoderó

de Sibir. y penetró entre los ostiacos, ribereños del Obi. En seguida, para afirmar su triunfo, hizo del territorio adquirido homenaje á Ivan IV, á quien envió, como regalo, muy hermosas pieles. Logrado su apoyo, intentó extender la conquista; pero cayó en una emboscada, y pereció en ella. Mas ya quedaba abierto á los rusos el camino, y por él siguieron avanzando, aunque lentamente al principio, en parte, á causa de las revueltas acaecidas al extinguirse en los dos hijos de aquel czar la descendencia de Rurico.

En cambio, ya entronizada la familia de Romanof, Rusia, en el siglo XVII, adelantó con tal rapidez en las regiones septentrionales de Asia, que no parecía sino que iba á devolver á ésta con creces sus temibles invasiones en Europa, durante la Edad Media. Á principios de dicho siglo no se extendían los rusos más allá del Yenisei, pero en el segundo tercio se corrieron hacia las márgenes de otros ríos, no muy separados en su nacimiento ó en el de sus afluentes, pero distantes en su desembocadura, como el Lena, el Indígirka, el Kolima, hacia el Norte, y el Amur ó Shegalien hacia Oriente. Llegaron á este último río, en 1639, y acosando á los tártaros, primeros que en sus orillas encontraron, pronto se vieron frente á frente con los chinos. El cosaco Kavarof construyó algunos fuertes en las inmediaciones, pero reclamó China con tenaz empeño, y al fin, un tratado fijó los límites de ambos pueblos, en condiciones muy restrictivas para Rusia. Con menos obstáculos tropezó ésta para extenderse por el norte de Asia. En 1647, los cosacos levantaron una fortaleza en la ciudad de Yakustk, junto al río Lena, y al año siguiente, Deshniew y Staduchin, cosacos también, se propusieron ir: el primero por mar y el segundo por tierra, desde el río Kolima hasta la ribera del Anadir, que desemboca al oriente de Asia, y que sólo por vagas noticias les era conocido. Salió al efecto Deshniew con siete pequeñas naves, y, aunque pronto perdió cuatro de ellas, pudo continuar su viaje, probablemente (pues nada dice á este propósito) arrastrando las que le quedaban por la nieve del istmo que une con Asia su jirón más oriental, ó tal vez, pero menos verosímil, costeando esta tierra. Llegó al fin á la desembocadura del Anadir, si bien acabando de perder su flota, mas afortunadamente se reunió con Staduchin, y

ambos regresaron al Kolima por el interior del país. Fueron los rusos extendiéndose hacia esta parte, y en 1696, reinando Pedro el Grande, una banda de cosacos invadió, saqueándolo todo, la península de Kamtchatka, cuyo extremo meridional los dejaba en frente de las islas Kuriles, al sur de las cuales se hallan las del Japón.

Requería la vasta extensión del territorio dominado que, hasta donde fuese posible, se estableciera comunicación marítima entre las distantes regiones que lo componían, y al efecto dispuso Pedro el Grande se prepararan dos flotas: una, desde Arcángel hacia Oriente, debía costear por el Norte la Siberia, y otra, saliendo de Kamtchatka, navegar hacia altas latitudes. Aunque no en vida del célebre Czar, quien murió á poco, ambas expediciones se intentaron, pero en la primera no se logró pasar, por causa de los hielos, más allá de la desembocadura del río Yenisei. Mejor éxito tuvo la segunda, emprendida en 1728 después de tres años de preparativos. Mandada la flota por Behring, danés al servicio de Rusia, al cual acompañaba Tshirikof como segundo, pasó desde el río de Kamtchatka á la isla de San Lorenzo, y avanzando más hacia el polo, cruzó el estrecho, designado después con el nombre de Behring, y penetró en el mar Glacial hasta el paralelo de 67° 18′ de latitud, desde donde volvió al punto de partida. Por haberse ceñido, tanto en la exploración como en el regreso, demasiado á la costa de Asia, no divisaron la de América, pero esto no podía tardar en suceder. Al coronel Schestakof, que repetidas veces había manifestado cuánto importaba someter á los tschukches, situados en el extremo más oriental, y tan indómitos como dóciles eran los habitantes de Kamtchatka, se le confió la campaña que debía emprender desde el Kolima, mientras el capitán Paulustky avanzaría desde el Anadir y, secundando á ambos, el cosaco Krupishef combatiría por mar. Schestakof pereció en la pelea. Más afortunado Paulutsky, batió á los enemigos y los persiguió, por encima de los hielos, hasta trasponer el promontorio oriental de Asia, viendo entonces, con no poco júbilo, á lo lejos una nueva costa, que también alcanzó á ver Krupishef, impelido hacia ella por una tempestad. Era dicha costa la de América.

Sucedió esto en 1731, y diez años adelante Behring y Tshiri-

kof salieron otra vez de Kamtchatka, proponiéndose descender al paralelo de 50° de latitud y navegar luego hacia Oriente hasta dar con la costa americana; pero separados á poco por un temporal, Tshirikof llegó á dicha costa por los 55° 36′ de latitud, mientras Behring arribaba por los 60° hacia el Cabo de San Elías, desde donde costeando pasó á la península de Aliaska y archipiélago de las Aleoutes. Luego, aunque antes no se hubiese descubierto América, Rusia la hubiera dado á Europa en el mismo siglo en que le quitó Polonia. Cumpliéndose, pues, la ley del progreso, no dejara de alcanzarse América así como no dejara de descubrirse China, en cuyas fronteras quedaron los rusos en el siglo anterior, según antes se dijo, ni el Japón, adonde arribaron en el mismo XVIII en que á América. En efecto, en 1732 naufragó en la costa de Kamtchatka un barco procedente de ese Imperio, y habiendo llegado á San Petersburgo la noticia, acompañada de los dos únicos náufragos que dejó con vida la crueldad de los cosacos que en aquella costa se encontraban, se despertó de nuevo avidez por los descubrimientos. Martín Spangberg y Guillermo Walton emprendieron por separado desde las islas Kuriles un viaje para saber á qué distancia se hallaban de los dominios alcanzados por Rusia en el mar de Okhotsk las grandes islas del Japón, y en 1739 la bandera rusa ondeó por primera vez en los mares donde dos siglos antes lo habían realizado las de Portugal y España.

Pero ¡qué triste camino el seguido por el Nordeste para llegar á América, y qué mísero hallazgo el encontrado en ella por ese camino! Cielo nebuloso y suelo cubierto de nieve es todo el paisaje ofrecido por la Siberia. Las horas transcurren monótonas para los viajeros, que apenas gozan de otra distracción que la de ver á sus caballos ó rengíferos remover y separar la nieve, buscando un poco de hierba. El frío es intenso, las manos no resisten el contacto del aire, el pan se convierte en piedra y las bebidas en trozos de hielo. Los moradores de las pobres chozas parecen despertar á la vida cuando principia el deshielo de los ríos. Dirígense á ellos para proveerse de pesca y aumentan su regalo con la caza de algunas aves, que por entonces acuden, y con la recolección de algunas hierbas aromáticas, que es toda su cosecha. Mas en invierno vuelven á encerrarse en sus

chozas y apenas salen sino cuando la necesidad les obliga á perseguir los osos al resplandor de las auroras boreales y preparar lazos á las martas y ardillas. Tal es aquel cuadro y no era mejor el contemplado por Behring y Tshirikof al pisar la parte más septentrional de América. Sucumbió el primero de frío y de tristeza en una estéril isla, designada después con su nombre. Tshirikof logró regresar á Kamtchatka, pero no sin haber perdido mucha parte de su gente recorriendo aquellas tierras inhospitalarias. Si no se hubiese ya sabido que tal región pertenecía á la América, fuente de riqueza y prosperidad para otras naciones, Rusia acaso no la hubiese abandonado, porque al fin era otra Siberia, pero el resto de Europa no se hubiera conmovido con el descubrimiento. Tal vez se escondiera allí un tesoro; pero tanta nieve lo cubría y tanta esterilidad lo rodeaba, que no hubiera apetecido buscarlo.

Camino probable era el del Noroeste, porque por esta parte y á distancias comparativamente no muy grandes, hay varias islas y tierras, como escalonadas entre Europa y el continente americano.

Eran, para seguir este camino, los más á propósito por su situación geográfica y natural intrepidez aquellos normandos ó *magioges*, según los árabes los llamaban, que aparecieron en el siglo IX como sección rezagada de los bárbaros del Norte. Habitaban en la Cimbria y la Escandinavia, donde hoy se alzan los reinos de Dinamarca, Suecia y Noruega; mas, así que era pasado el invierno, dejaban sus ahumadas chozas y, acaudillados por los segundones de sus reyes, salían al mar ansiosos de esgrimir en alguna costa sus mazas estrelladas. Á merced de las olas sentían crecer su valor y cantaban que el huracán estaba á su servicio y los arrojaría adonde quisieran hacer rumbo. Llegados á alguna costa, caían de improviso sobre las poblaciones que allí hubiera, y cuando no existían éstas, resonaba con sus hachazos la selva próxima y, formada con sus troncos derribados una escuadrilla, remontaban algún río caudaloso. Si de pronto hallaban obstáculo á su navegación, cargaban las barcas á cuestas y seguían internándose hasta encontrar moradores, á los cuales pudieran exigir cuantioso botín ó la cesión de algún territorio, asiento para recabar después mayor riqueza ó más extenso seño-

río. Así recorrieron las costas occidentales y meridionales de Europa, y si de las de España fueron rechazados en el siglo IX por el monarca de Asturias, Ramiro I, y el emir de Córdoba Abderramán II, y por sus respectivos sucesores, Ordoño I y Mohamed I, y en el siglo siguiente por el Conde de Galicia, Gonzalo Sánchez, en la minoría de Ramiro III; en otras costas se impusieron estos arrojados aventureros que tanto horror causaron primeramente con sus crueldades de piratas y tanta admiración produjeron después con sus proezas de caballeros.

Á Islandia (*Iceland* ó tierra del hielo), isla por su posición geográfica más americana que europea, llegaron los normandos en el mismo siglo en que tan temible aparición hicieron en las costa, de Europa. Unos cien años antes, á juzgar por algunos manuscritos y ruinas, parece había sido visitada por monjes irlandeses esa isla, pero su importancia histórica data desde que, en las correrías á la ventura hechas por los normandos, y ya descubierto por ellos el grupo de numerosas islas que por la abundancia de rebaños llamaron Feroe, una tempestad en el año de 860 arrojó á Naddod, que por estas islas viajaba, hacia aquel la otra. Pocos años adelante revueltas interiores hicieron emigrar hacia la misma á varios nobles y caudillos noruegos bajo el mando de Ingolf. Imitáronlos otros, y pronto en aquella tierra contigua al círculo polar se fundó otra Escandinavia que, por el aislamiento en que su situación le permitía vivir, pudo conservar por mucho tiempo el tipo del antiguo mundo septentrional, si bien modificado en su organización política, porque allí gentes no sujetas á otro derecho que el de la fuerza, formaron una república donde la ley se respetó y donde no dejó de brillar cierta cultura. En el siguiente siglo, ó sea el X, aun avanzaron más á Occidente, descubriendo un vasto país, al cual después, por el año 932, según unos, ó el 982, según otros, se trasladó con Eriulfo y otros islandeses el noruego Erico Rauda ó el Rojo, desterrado de la isla por homicida. Era el nuevo país el que, por la hierba que lo cubría, llamaron tierra verde ó Groenlandia.

Siguieron las tempestades desempeñando el papel de hábipiloto en esta serie de enlazados descubrimientos. Biorn, hijo del citado Eriulfo, llevado muy lejos hacia el Sudoeste, avistó

playas desconocidas, donde no desembarcó entonces porque, pasada la tormenta, prefirió él enderezar el rumbo á Groenlandía, pero á las cualés, al cabo de poco tiempo, en el año 1000, procuró volver acompañado de Leif, hijo de Erico Rauda. Hallaron en este viaje una isla estéril y pedregosa, que por ello denominaron Hellelandia, y una ribera baja, arenosa y con muchos árboles, á la cual dieron significativo nombre de Marklandia. Dos días después arribaron á otra costa que tenía una isla al norte de ella. Remontaron un río é invernaron á orillas de un lago de donde nacía. Era la isla fértil y abundaba en vides, como hizo reparar un marinero alemán que iba con los descubridores, quienes esa planta no conocían. Dieron por esto á dicho país el nombre de Vinlandia. El clima, comparado con el riguroso á que estaban acostumbrados, era suave, como correspondiente á latitud menos elevada, pues allí en los días más cortos el sol permanecía ocho horas sobre el horizonte. Como esto viene á ocurrir á la latitud de París, las regiones descubiertas podían ser la isla de Terranova y tierras próximas al golfo de San Lorenzo, ó tal vez, si esa duración del día se había fijado con alguna incertidumbre en más ó menos, comprenderían desde el país del Labrador hasta el Cabo Cod y actuales estados de Massachusetts, Rhode Island y Connecticut. Repitieron este viaje Thorwald y Thorstein, hermanos de Leif, y aunque el éxito fué desgraciado, Groenlandía conservó por algún tiempo relaciones con los naturales de esos países, manteniendo con ellos comercio de pieles. Pero no fué éste regular y activo, pues los groenlandeses cuidaron más de explorar hacia el Norte, no siendo inverosímil, dada su posición geográfica, que en el siglo XIII, según se afirma, llegaran á los estrechos de Lancaster y Barrow, no conocidos luego hasta que Baffin, en 1616, entró en el primero y Parry, en 1819, recorrió ambos.

Mas esos descubrimientos en la América septentrional ni los hizo la verdadera Europa ni los supo siquiera. Fueron obra de islandeses y groenlandeses, y aunque ambos pueblos tuvieran origen normando, durante tres siglos vivieron independientes. Los mismos groenlandeses fueron perdiendo sus relaciones con los moradores del país del Labrador y con los que más hacia el Sur se hallaban, y cuando ya corriendo la segunda mitad del

siglo XIII, en el reinado de Haquino V de Noruega, se sometió Islandia á esta nación, quedó agregado á Europa el centro septentrional entre ella y América, pero perdida la parte de circunferencia que al continente americano correspondía, porque la marea normanda occidental, al replegarse sobre Noruega, no aportó vestigio alguno manifiesto de aquellas expediciones. Tanto es así que en los mapas de la Edad Media, en los cuales tierras no visitadas se señalaban también, sólo porque de ellas existían vagos rumores, nunca se indicaron los descubrimientos debidos á islandeses y groenlandeses; ni supo nada de esos viajes sabio de tan múltiples conocimientos y vida tan aventurera como Raimundo Lulio, que tan pronto estuvo en España como en Italia, Francia é Inglaterra. Ni debe esto sorprender, pues los mismos islandeses que llegaran á visitar alguna de las naciones más ilustradas de Europa, no pensarían en recitar, si acaso las recordaban, las *Sagas* ó leyendas en que tales descubrimientos se referían, cuando tierras mejores ocupaban los normandos que quedaron en Europa y más altos hechos habían éstos realizado. Nieve por nieve, menos debía apetecer contemplarla en Groenlandia que en la Rusia dominada por los normandos varegos, y en cuanto á belleza del país, Normandía, Dinamarca, Inglaterra, Nápoles y Sicilia superaban con exceso á lo encontrado y abandonado en América. Mucho más memorables eran Rurico, Rollón, Suenón, Canuto el Grande y Guillermo el Conquistador, que Erico Rauda y Eriulfo, y eclipsados enteramente quedaban los hijos de éstos, si se comparaban con los famosos hijos de Tancredo de Hauteville.

Parte más directa hubiera podido acaso tener Europa en el siglo XIV. Dícese que á fines de éste, en 1380, Nicolás Zeno, noble veneciano, que en una nave armada á su costa viajaba por Flandes é Inglaterra, fué llevado lejos á causa de una tempestad y naufragó en Friselandia, donde él y sus compañeros, acometidos por los naturales, lo pasaran mal si á tiempo no los librara el príncipe Zichmni, que con este país estaba en guerra, y que mandaba en algunas islas al sur del mismo y en un distrito frontero á Escocia. Entró Nicolás Zeno con su gente al servicio de tal príncipe y le ayudó á someter la Friselandia que, por las señas, debía de ser el archipiélago de las islas Feroe.

Antonio Zeno, llamado por su hermano, fué á reunirse con él, quedando en Venecia otro, Carlos, á quien escribieron los sucesos posteriores. El Príncipe y los dos venecianos tuvieron ocasión de oir en Friselandia las aventuras de cierto pescador que arrastrado una vez con otros compañeros por una tormenta muy lejos hacia Occidente, dió en una isla llamada Estotilandia (acaso *Stock-fish-land*, costa de bacalaos ó *East-out-land*, tierra oriental exterior, por su situación respecto al continente americano). Había en esta isla una hermosa ciudad, donde brillaba no poca cultura. Al sur existía un vasto país denominado Droceo ó Drogeo, que dicho pescador también llegó á ver, aunque no á admirar por la crueldad de sus bárbaros habitantes, afortunadamente contra él no ejercida. Parecía este país tan extenso como un nuevo mundo, y hacia el Sudoeste, según el pescador oyó contar, había naciones civilizadas que tenían hermosas ciudades, magníficos templos y primorosos objetos de oro y plata. Quiso el Príncipe citado buscar la famosa isla y demás tierras visitadas por el pescador, y al efecto salió en una flota acompañado de Antonio Zeno; pero las tormentas, que tanto facilitaran hasta entonces los descubrimientos, dejaron de ser propicias, y contrariada por ellas la expedición, hubieron de recogerse las naves á Groenlandia.

Tal es la relación que, fundada, según decía, en fragmentos de cartas casi destruídas, publicó Marcolini, descendiente de la familia Zeno, sesenta y seis años después del descubrimiento realizado por Colón y ya conquistado Méjico. Pero aun dando por cierto todo ello, sin tilde de que al calor de rivalidades nacionales se ideara ó exagerara, lo único positivo que podría concluirse sería que en ese viaje como en los verificados por los normandos, la verdadera Europa nunca pasó de Groenlandia. Ni aun aquí fué la avanzada duradera, pues á mediados del siglo XIV diezmó á la colonia terrible peste, y á principios del siguiente siglo acabó de destruirla un pueblo de ignorada procedencia y no volvió á haber colonia, al menos estable, hasta que en 1721 fué fundada una, no por Noruega, sino por Dinamarca. Si tal, pues, ocurría con la región menos distante, más desligada aun debía estar en el siglo XV Europa de Vinlandia. Prueba de ello que en dicho siglo vió Noruega la ciudad de

Bergen, centro de su comercio, arruinada por la liga anseática, y tuvo que aceptar tiránicas condiciones de aquellos mercaderes, cuando hubiera podido imponerlas si el hallazgo de América por islandeses y groenlandeses no hubiera caído en completo olvido, aun en la misma Islandia, cuyos *escaldas* ó poetas, al quedar esta isla sometida á Noruega en el siglo XIII, habían preferido cantar, en vez de descubrimientos marítimos, aventuras caballerescas, imitando á los poetas alemanes de aquel tiempo en que regía el imperio la casa de Suabia. Nada, pues pudo en 1477 encontrar Colón en su viaje á Islandia, ó Thule, como él la llamaba, que le incitara á seguir el olvidado rumbo, y si por acaso tuvo alguna noticia, fortuna fué que no se sintiera halagado á modificar con arreglo á ella el pensamiento, que antes de ese viaje concibiera y que ya había comunicado al sabio florentino Pablo Toscanelli; pues si siguiera el camino de los islandeses y groenlandeses, Colón quedara sin su esclarecida fama y Europa sin América.

Sucediera así, porque el camino del Noroeste fué infecundo, no sólo en la época de los normandos, sino bastante tiempo después de Colón. No pocos navegantes, ya por hallar paso para las Indias, ya en busca de ignoradas playas, emprendieron de nuevo el antiguo y perdido rumbo, así que Colón hubo descubierto América. En el año 1497 y en el siguiente, Sebastián Cabot, patrocinado por Enrique VII de Inglaterra, llegó al país del Labrador y á la isla de Terranova; en 1500 el portugués Gaspar de Cortereal, mandado por su rey D. Manuel, recorrió más de setecientas millas de costa norteamericana hasta penetrar en el que luego se llamó Estrecho de Hudson; cuatro años adelante unos pescadores de Bretaña descubrieron la punta de tierra á que dieron el nombre de Cabo Bretón; en 1524 el florentino Juan Verazzani, protegido por Francisco I de Francia, exploró la costa de la Carolina septentrional, fondeó en los puertos de Nueva York y de Newport y siguió costeando por el Norte hasta los 50° de latitud, y en el año 1534 y en el siguiente, reinando en Francia el mismo monarca, Santiago Cartier, piloto de San Maló, visitó Terranova y el Canadá y penetró por el río de San Lorenzo, hasta donde, andando el tiempo, se fundó Montreal. Pero muchos años transcurrieron

después de estos viajes sin que en esas regiones se estableciera ó arraigara colonia alguna. Portugal ni lo intentó siquiera; unos mercaderes ingleses en 1536 quisieron fundar una en Terranova, pero pronto quedó abandonada; y otro tanto sucedió á la colonia francesa que, bajo la protección del Rey, trató de formar en el Canadá La Roque, señor de Robertval, auxiliado por Cartier. Así pasó mucho tiempo sin que entre Europa y la América del Norte existiera otro lazo que la pesca que se hacía en el Cabo Bretón y en los bancos de Terranova.

Un siglo iba ya transcurrido desde el descubrimiento de dicho cabo, cuando se fundaron las dos primeras colonias francesas, no reducidas á meras tentativas, á saber: la de Port Royal, ó Annapolis, como ahora se llama, que Champlain, jefe de la expedición enviada por unos comerciantes de Rouen, dejó en 1605 establecida en el sitio escogido el año anterior por otra expedición que había organizado De Monts; y la colonia de Quebec, que fundó en 1608 una sociedad de comerciantes de Dieppe y San Maló, por excitación del mismo Champlain, explorador de varias regiones y del lago que conserva su nombre. No fué más rápida la colonización inglesa, á pesar de haberse acometido á partir de 1579, con gran empeño y cuantiosa fortuna, por Gilbert y su hermano político Raleigh, bajo la protección de su reina Isabel. Caminó Gilbert de desdicha en desdicha. Desventurado y estéril fué su primer viaje, y de exiguo resultado para Inglaterra, y enteramente infausto para aquel navegante el segundo, pues no se hizo otra cosa que tomar posesión de Terranova á nombre de la Reina, mas sin dejar allí colonia alguna, y emprendido el regreso, pereció Gilbert en un naufragio. No llegó Raleigh á tanto infortunio, pero no vió coronada por el éxito su perseverancia, pues aunque otra expedición, por él enviada al mando de Amidas y Barlow, le trajo lisonjeras noticias de la costa que habían explorado, nada alcanzó á realizar Raleigh en esta región, á la cual, en homenaje á la no casada Reina de Inglaterra, se dió el nombre de Virginia. La colonia allí dejada por Grenville, jefe de la flota mandada al efecto, á pesar de tener en su seno personas tan celosas como el matemático Hariot, y á pesar de verse auxiliada por el célebre pirata Drake con recursos y provisiones, pronto des-

mayó, y, con su gobernador Lane al frente, se volvió á Inglaterra. Fué enviada luego otra colonia con White por gobernador, mas tampoco ésta prosperó. Raleigh, arruinado tras de diez años de grandes y continuos sacrificios, tuvo que ceder sus derechos á una Compañía de comerciantes de Londres, que á su vez tropezó con no pocas prevenciones, tantas, que en 1603, transcurrido más de un siglo desde que Sebastián Cabot llegara á Terranova, no quedaba un solo inglés en toda América. ¡Tan halagüeño era fundar colonias en los países descubiertos por islandeses y groenlandeses!

Otro camino probable para llegar á América, partiendo de Europa, era el del Sudoeste, desde el momento en que los marinos contaran con instrumentos que les permitieran dirigir con acierto su rumbo, sin precisión de costear.

Consta América de dos grandes regiones, unidas por el Istmo de Panamá, y si la septentrional, cuya costa es tan rasgada como la de Asia, y aun ofrece con cierta porción de ella algún parecido, se acerca tanto á dicha Asia, que sólo queda separada por el estrecho de Behring, la meridional, cuya figura tiene gran semejanza con la de Africa, no se halla muy lejos de este continente. Median desde el Cabo Verde y las islas del mismo nombre á los cabos de San Roque y San Agustín unos veintitres grados, distancia grande, sin duda, para naves temerosas de apartarse de las costas, pero nada excesiva para las que, merced al astrolabio y á la aguja de marear, pudieran alejarse. Sólo faltaría entonces motivo que impulsara á navegar á esa distancia de la costa occidental de Africa, pero tal motivo aparecería en cuanto la circunnavegación de este continente con tales instrumentos se iniciara ó repitiera. En efecto, la experiencia ó cierta sagacidad natural, adelantándose á ella, revelaría que el derrotero más seguro, si se quería evitar las grandes tormentas y altos mares desde el golfo de Guinea hasta el Cabo de Buena Esperanza, era seguir desde las islas de Cabo Verde á orza la derrota entre Poniente y Mediodía, conservándose de cinco á diez grados al oeste del meridiano de Cabo Verde, y llegados á elevada latitud austral, torcer ya hacia el terrible León ó Cabo de Buena Esperanza. Pero en cuanto tal derrotero se siguiese, era muy fácil verse de pronto ante el Brasil.

Así sucedió el 25 de Abril de 1500 al portugués Pedro Alvarez Cabral. Por orden de su rey D. Manuel, habia salido de Lisboa el 8 de Marzo del mismo año, al frente de bien equipada flota de trece naves, para afirmar y continuar en la India la gloriosa obra comenzada en los dos años anteriores por Vasco de Gama; y al efecto se dirigía hacia el antedicho Cabo de Buena Esperanza. Pero hacíalo alejándose de la procelosa costa africana para encontrar mar adentro vientos más seguros y tendidos hacia ese cabo, y así vino á dar en una nueva tierra, que recibió primero el nombre de Vera Cruz y luego el de Brasil, por la mucha abundancia que allí había de palo de tinte con subido color de brasa. Como el descubrimiento de tal país acaeció unos ocho años después que los españoles llegaron á las Antillas, el historiador Robertson hace una oportuna reflexión: «Fué, dice, el descubrimiento del Nuevo Mundo por Colón el esfuerzo de un genio activo que, guíado por la experiencia, había concebido un plan sistemático, y lo realizaba con tanto valor como perseverancia. Pero esa aventura de los portugueses revela que la casualidad hubiese podido dar cima al grandioso proyecto, de cuya idea y de cuya obra la razón humana tanto hoy se enorgullece. Pues si Colón con su genio no hubiese llevado la humanidad á América, Cabral, por un azar afortunado, algunos años adelante hubiese dado á conocer aquel extenso continente.» Hay en estas palabras gran fondo de verdad; pero debe añadirse, porque ese descubrimiento lo confirma, que si bien grandes cosas son á veces realizadas por la casualidad, ni son tantas ni tan buenas como aquellas donde no interviene ó no lleva la principal parte.

Más trazas, sin duda, tenia de verdadero descubrimiento llegar á América desembarcando en el Brasil que en las tierras próximas al estrecho de Behring ó al golfo de San Lorenzo. Brindaba el Brasil con templado clima, á pesar de su situación tropical, y ofrecía fértil suelo, grandes flores y magníficos frutos. Pero no se veía edificio alguno de mediana construcción, ni indicios de fausto ni grandeza, sino chozas miserables y un pueblo sin asomo de organización política. Gran contraste con aquella antigua India, cuna de la civilización y fuente perenne de bienestar material para Europa, que, aun no sabiendo diri-

girse á ella directamente por mar, no había cesado de pedirle productos para su gusto y para su esplendor: con aquella India adonde, ya sin cruzar tierra, había llegado Vasco de Gama, que fué recibido por el emperador ó zamorín de Calicut con magnificencia oriental, en suntuoso aposento de su palacio, el suelo cubierto de alfombra de seda verde y las paredes de colgaduras bordadas de oro y plata, estando en un rico estrado el monarca, vestido de blanca ropa sembrada de rosas de oro, ceñida la cabeza por una especie de tiara de tela de oro, con ajorcas del mismo metal precioso en las piernas y brazos, desnudos al uso del país, y en los dedos muchos anillos, y en todo, vestidos y adornos, prendidas perlas y piedras de sumo valor. El mismo Alvarez Cabral debió sentir menos alegría cuando pisó el Brasil que, cuando habiendo pasado de aquí á la India, obtuvo del zamorín de Calicut una cédula, escrita con caracteres de oro, concediendo un palacio para que en él se estableciera un Cónsul enarbolando la bandera de Portugal.

Nada, pues, tuvo de extraño que, incitados por la magnificencia y riquezas que contemplaban, hicieran los portugueses en la India progresos tan rápidos como lentos en el Brasil. Cada año navegaban hacia la India armadas del rey D. Manuel, y sus capitanes no cesaban de ganar nuevas victorias en los remotos países de Oriente y de realizar en aquellos mares importantes descubrimientos. Antes de 1520 Meneses había llegado á la costa de Madagascar; Suárez á las islas Maldivas; Lorenzo Almeida á Ceilán; Diego López Siqueira, con García Souza y Hernando de Magallanes, á la isla de Sumatra y península de Malaca; Francisco Serrano y Diego de Abreu á las islas Molucas; teniendo, además, la fortuna de encontrar, como ventas en mares tan dilatados y puntos de refresco para los que navegaban, Juan de Nova la isla de Santa Elena, y Tristán de Acuña las islas de su nombre. Con tales descubrimientos, y con tener Portugal los dos primeros gobernadores de la India, Francisco de Almeida y Alonso de Alburquerque, de gran corazón y dichosos en cuanto emprendían, el poderío de la nación se afirmó con rapidez en aquellas regiones, sobre todo al prevalecer los proyectos del último, que entendía que Portugal debía poseer en la India tierras propias para proveerse

de gente, mantenimientos y bajeles. Así fué, y desde Macao pudieron los portugueses traficar con la China y el Japón, y dominar desde Ternate en las Molucas; desde Malaca y Negapatan en el Golfo de Bengala; desde Goa, Diu y Mascate en el mar de Omán; desde Ormuz en el golfo Pérsico, y desde Melinda, Mozambique y Sofala en la costa oriental de Africa.

En esas regiones, y no en la hallada por los portugueses en América, toda clase de riqueza se encontraba. No era el Brasil de donde Alonso de Alburquerque había enviado al monarca portugués cuarenta libras de gruesas perlas y un diamante de extraordinario valor, ni de ese país procedían las riquezas con que pudo el mismo soberano aumentar el fausto de la solemne embajada mandada al Romano Pontífice con Tristán de Acuña, encargado de ofrecerle, entre otros presentes, ún hermoso pontifical de brocado con tanta profusión de perlas y pedrería, que otro tan suntuoso no se había visto en el palacio de San Pedro. El Brasil, con su magnífica vegetación, podía parecer, como decía el ponderativo Amérigo Vespucci, la antesala del Paraíso; pero más estimaban los portugueses la isla de Ormuz, estéril y calurosa en extremo, pequeña y sin agua dulce, pero por el comercio de Oriente, por la situación de ella y por sus dos puertos, rica y abundante en toda suerte de regalos; pues en las calles se evitaba el polvo con alfombras y esteras y se templaba el ardor de los rayos solares con toldos á propósito; adornaban el interior de las casas y palacios objetos de oro, ricos pebeteros y valiosas porcelanas; competían en lujo las tiendas; y gentes de todos países acudían á los mercados de los tres primeros meses del año y á los de Septiembre y Octubre, donde en abundancia había, entre otras mil cosas, azúcar, clavos, canela, nuez moscada, alcanfor, telas estampadas, maderas preciosas, marfil, perlas, rubíes y diamantes. Y á toda esta riqueza efectiva se agregaba el encanto de antiguos recuerdos, porque los portugueses podían imaginar que la península de Malaca, ó Aureo Quersoneso de los antiguos, era la ansiada Ofir, que Sofala era Tharsis, y que el Rey de Etiopía, su gran amigo y aliado, ocupaba el trono del famoso Preste Juan de las Indias, de que tanto se hablara en leyendas y tradiciones.

Influyó todo ello para el abandono en que se tuvo el Brasil.

Don Juan III, sucesor de D. Manuel, dió más firme base á la colonización, revocando los poderes concedidos á los agraciados con las capitanías en que primeramente se había el país dividido, y mandando como gobernador general á Thomé de Souza, que fundó la capital de San Salvador en la bahía de Todos Santos; pero los colonos no eran muchos y estaban en la costa. Los españoles, que siguiendo á Vicente Yáñez Pinzón, habían tocado en el Brasil antes que Alvarez Cabral, no apreciaron tampoco la importancia de este país, cuando á la muerte del rey D. Sebastián quedó á España incorporado Portugal con sus colonias; ni debe esto sorprender, porque mejores que el Brasil habían de parecerles las propias que en América poseían, y entre las portuguesas aun se destacaban las de Asia, tan ricas que, por defenderlas, Luis de Ataide, como otro Juan de Castro, renovaba las proezas de Almeida y Alburquerque. No tenían los mismos motivos de preferencia los franceses y hubieran podido conocer el valor de la región brasileña, extendiéndose ya desde la colonia que en el reinado de Enrique II intentó fundar Durand de Villegagnon, por donde ahora se alza Río Janeiro, ya desde el fuerte de San Luis de Maranhao, levantado por La Ravardière en el reinado de Enrique IV; pero aparte de la lucha que habían de sostener con los portugueses, el futuro bienestar que descubrían no era tanto que se decidieran á mantener á todo trance ni siquiera esas dos colonias, y ambas se extinguieron á poco de fundadas. Mejor sazón alcanzaron los holandeses cuando, expirada la tregua con España en 1621, rompieron las hostilidades, y trabando las más veces la contienda en los mares de las colonias, acabaron por apoderarse de la parte del Brasil que se extiende desde la provincia de Alagoas hasta la de Río Grande do Norte. Más de un siglo iba ya transcurrido entonces desde el descubrimiento del Brasil, y éste empezaba á mostrarse valioso en ganados y productos agrícolas, propios ó importados. Aumentóse este valor con el impulso de los invasores bajo el entendido gobierno de Juan Mauricio, Príncipe de Nassau; adquirió importancia Pernambuco; fué el Brasil más conocido en Europa, y cuando ya emancipado Portugal de España por la casa de Braganza, volvió á dominar algunos años después en todo el Brasil, libertado de los holandeses por Fer-

nandes Vieira, Portugal encontró allí muy productiva colonia.

Pero no era ésta deslumbradora todavía. La riqueza mineral estaba casi toda en el interior, donde no era hacedero avanzar con rapidez. Había exceso de tierra en un país que contenía alguna comarca, más extensa ella sola que ninguna nación de Europa, exceptuando Rusia. Uníase á la fatiga de rodear pantanos, salvar ríos y subir á montes y cerros, la de penetrar á fuerza de hachazos en inmensos y enmarañados bosques. Todo ello requería poderosa organización civil ó gentes de temple especial, como eran los paulistas, que desempeñaron en la exploración del interior del Brasil el mismo papel que los cosacos en la Siberia y los islandeses y groenlandeses en los mares y tierras del Norte. Medio salvajes y medio civilizados, como formados por una mezcla de indios, portugueses y mamelucos ó mestizos que vivían en San Paulo, colonia fundada casi bajo el trópico en un sitio favorecido por su elevación con agradable clima, tenían por el primer concepto intrepidez para superar los obstáculos que opusiese la naturaleza á sus expediciones en cuadrilla en busca de oro ó esclavos, y propendían por el segundo concepto á dictarse leyes y conservar relaciones, siquiera fuesen unas y otras en provecho propio. Así, al paso que caían los troncos y ramas en el camino abierto á través de las selvas, nacían troncos de nuevas familias que extendían sus ramas por el interior del país. Mas pronto surgía la rivalidad entre los primeros y los últimos que llegaban á alguna tierra productiva: al ruido de la contienda acudían tropas disciplinadas para someter á vencedores y vencidos; proclamaba la autoridad legal reglamentos sobre la explotación de las minas y el reparto de productos entre el Estado y los colonos; y quedaban bajo el Gobierno las nuevas poblaciones, mientras que los paulistas descontentos seguían internándose, ansiosos de mayor riqueza y de vida con menos trabas.

De este modo, desde fines del siglo XVII, la región brasileña comenzó á mostrar su esplendor. Sabara, Mariana y Villa Rica ú Ouro Preto, en la provincia de Minas Geraes, y Villa Boa ó Goyaz, en la provincia de este segundo nombre, rindieron grandes cantidades de oro. Portugal fundó por entonces la ciudad de Río Janeiro, hermoso puerto de América, capital, andando

el tiempo, de todo el Brasil, y, á poco de su fundación, depósito del producto de las minas. Sujetóse á los paulistas de Villa Rica, que alcanzó gran opulencia; pero los vencidos encontraron, avanzando más hacia el interior, otras ricas tierras como la de Cuyaba y la de Matto Grosso, donde en un mes se recogieron sin cavar en el suelo más de cuatro pies, cuatrocientas arrobas de pajitas de oro. Desplegó además el Brasil, desde los comienzos del siglo XVIII, nueva riqueza con sus diamantes. No se había reparado anteriormente en ellos porque, arrastrados por las lluvias sobre tierras herrumbrosas, quedaban cubiertos de un barniz rojizo que los disimulaba; pero cuando ya conocido el valor de aquellos brillantes guijarros, se dieron los exploradores á buscarlos, el distrito de Tejuco ó Villa Diamantina y el fondo de algunos valles próximos al nacimiento del río Araguay y al del Paraguay, compitieron con Ceilán y con la meseta de Decán en la Índia. Llegó el Brasil á rendir por año de 25 á 30.000 quilates sin talla: más de un negro esclavo, en premio de haber encontrado algún diamante de diez y siete quilates y medio, se vió coronado de flores y declarado libre, según los reglamentos establecidos; y la corona de Portugal pudo adornarse con un hermoso diamante de 120 quilates. Todo eso existía en el desdeñado Brasil; pero cuando se acabó de comprender su valor, corría ya el tercer siglo desde el casual descubrimiento realizado por Pedro Alvarez Cabral. En cambio, medio siglo bastó para que por otro camino contemplaran los españoles América floreciente, rica y llena de esplendor y magnificencia.

Fué este brillante resultado consecuencia natural de haber seguido Cristóbal Colón con perseverancia, desde las islas Canarias, el rumbo de Occidente.

Muy improbable era descubrir por este camino tierra alguna, confiándose puramente á la casualidad. Desde las citadas islas Canarias, hasta el archipiélago de las Lucayas, corren, á una latitud de 24 á 28 grados, cerca de 58 de paralelo, es decir, unas mil cuarenta leguas. No era semejante trecho para recorrido á la ventura, y mucho menos en la época del descubrimiento, en que, si algo alentaba á lanzarse en el Atlántico, no costeando, si no mar adentro hacia Occidente, mucho más retraía de hacerlo. Pues si algún ánimo podían infundir, de una parte las

costas lejanas, que una ilusión óptica fingía á veces desde las islas Canarias, y de otra parte las tierras occidentales, citadas en fábulas con visos de historia, si no era alguna de ellas historia desfigurada por la fábula, como la Atlántida imaginada por Platón, la gran isla Antilla, que mentaba Aristóteles, como descubierta por los cartagineses, y las dos islas de San Brandán y de las siete ciudades, de que se hablaba en piadosas leyendas de la Edad Media; bastaban á vencer todo aliento las dudas que gentes doctas abrigaban todavía acerca de que la tierra fuese esférica ó de que, aun siéndolo, fuese posible la existencia humana en el hemisferio opuesto; y los temores que, sin entrar en tales razonamientos, y acogiéndose á hechos positivos, sentían las gentes de menos letras, porque las engañosas costas que desde las islas Canarias en ocasiones se distinguían, nadie las encontraba, como si fuera obra de encanto producida por el ángel de las tinieblas, que, según antiguas consejas árabes referían, asomaba su negra mano en aquellos horizontes apartados para apoderarse de las naves en el silencio y obscuridad de la noche.

Pero ese tan improbable camino era el que llevaba á regiones cuya exploración sería rápida y fecunda; pues los pueblos más adelantados iban á presentarse en América en las mismas condiciones geográficas que en el mundo antiguo, á saber, en tierras contiguas á una línea ó zona geológica muy señalada, porque se extienden sobre ella tanto los mares de la India, el Golfo Pérsico, el Mar Rojo y el Mediterráneo, como el Golfo de Méjico y los mares de la Polinesia, es decir, todos aquellos cuyo conjunto divide en dos mitades, una hacia el Norte y otra hacia el Sur, los continentes y grupos de islas del globo, revelando de este modo un hundimiento de la corteza terrestre en torno del hemisferio boreal, no lejos del Ecuador. Al contemplar la civilización asomada sobre tal hundimiento, pudiera decirse que la inteligencia humana, para adquirir vuelo, necesitó el aliento del abismo; mas otras razones reales se agregan á la explicación poética. Como pertenecientes las tierras antedichas á la zona templada, brindaban con temperatura benigna: además, como eran las postreras que los mares habían abandonado, quedaban sobrepuestas á tierras formadas en otras edades geo-

lógicas, y ofrecían, juntamente con ellas, todos los elementos propicios á la agricultura, á las artes y á la industria: finalmente, como constituídas por archipiélagos de numerosas islas y por penínsulas separadas por mares interiores y hendidas ó rasgadas por profundos senos, presentaban, dentro de un círculo dado, casi tanta tierra como agua, proporcionando con ello, á la par que perspectivas á propósito para excitar la imaginación, medios más fáciles para que los pueblos se comunicaran y dieran vida al comercio, fuente de regalo y bienestar.

Es, pues, natural que antes de haber alcanzado la civilización, por su propio progreso, recursos para arraigar y crecer en condiciones adversas del clima y del suelo, apareciera en las regiones propicias, pertenecientes á la citada zona geológica ó lindantes con ella. Así en los tiempos antiguos brilló en la India, Egipto y Persia; resplandeció sobre todo en los pueblos griegos del Asia menor, Italia, Atica y Alejandría; osciló entre Roma y Cartago; dominó desde aquélla, lució junto al Bósforo de Tracia y arrojó vivos destellos desde las tierras separadas por el estrecho de Gades. Y así también, desde muy antiguos tiempos, floreció al Oriente de Asia, en la China y el Japón, y pudo unirse más adelante con la procedente de la India en la península de Malaca y en las islas cuyo centro es Java. Condiciones favorables presentaba á su vez el Nuevo Mundo en la región de la zona de hundimiento, bien señalado por el Istmo de Panamá, que separa apenas dos océanos, y por las islas Lucayas ó de Bahamá, y las grandes y pequeñas Antillas, todas las cuales forman como una guirnalda prendida entre la América septentrional y la meridional; y, con efecto, si no una civilización adelantada, al menos cierta cultura y relativo progreso iban á encontrarse en la península de Yucatán, que avanza entre el golfo de Méjico y el mar de las Antillas, y en Méjico, que se extiende entre el golfo de su nombre, el de California y el Océano Pacífico. Por añadidura, análoga civilización se ofrecería también en otra región no muy distante de dicha zona, á saber, en el Perú, tendido desde el Océano Pacífico á la cordillera de los Andes, que por su gran altura proporciona un país templado bajo el mismo Ecuador y produce el efecto de un segundo mar, como opuesto y próximo confín ó aledaño. Lle-

gar á América tocando en tales regiones era realizar el verdadero descubrimiento del Nuevo Mundo, como se hubiera hecho el del antiguo si, trocados los papeles porque los pueblos de América fueran los más civilizados del globo, hubieran estos pueblos cruzado el Atlántico con rumbo á Oriente, y arribado, no á Laponia ni á la costa occidental de Africa, sino á Italia, Grecia ó Asia menor.

Mas ¿qué era menester para que, navegando desde España, pudiera tenerse feliz encuentro con esas prósperas regiones de América? Una idea: buscar la India por Occidente. Y ¿qué era preciso para detenerse en ellas, aunque al pronto no quedara manifiesta toda su importancia? Esa misma idea, porque al calor de ella se daría por encontrado en América lo que en la India se buscaba.

II.

Nunca como en el descubrimiento de América, verificado por consecuencia del pensamiento que á Cristóbal Colón impulsaba, pudo decirse con tanta verdad que lo ideal es real, pues nunca los hechos se hallaron como entonces tan de acuerdo con lo que por raciocinio bien fundado se había inferido y con lo que, dejándose llevar de la imaginación, se había llegado á vislumbrar.

La religión, la política y el comercio tenían en el siglo XV convertido en gran parte el afán de Europa hacia los países que por extensión se solía designar con el nombre de India, es decir, la vasta porción de Asia comprendida entre el río Indo y la península de Corea ó el río Amur, incluyendo las islas próximas á toda esa costa meridional y oriental. Muchos de esos países, desde los siglos VIII y IX, habían sido visitados por los árabes, que, además de fundar en la costa oriental de Africa ciudades, como Melinda, Mombaza y Sofala, habían llevado sus relaciones políticas ó comerciales hasta Cantón y las islas Molucas, obteniendo ricos productos, que por el istmo de Suez, como puente, trasladaban á las riberas mediterráneas. Uníanse á esto, para excitar la atención de Europa, recuerdos más anti-

guos y noticias más recientes y directas; pues entre esas tierras se contaba la verdadera India, esto es, la región regada por el Indo y el Ganges, el memorable país adonde habían llegado las armas de Alejandro el Grande, y el visitado después por las flotas romanas que desde el Mar Rojo se lanzaban al Eritreo ó Indico, aprovechando uno de los vientos monzones, el del Sudoeste, que señaló Hipalo en el siglo I de nuestra Era. Y figuraba también entre dichas tierras la China, que á la par del Japón, despertó el interés de la cristiandad en el siglo XIII, en que dominando y arrastrando los tártaros á los demás pueblos mogoles, los hicieron dueños de extensas comarcas que abarcaban desde el Dniester, en Rusia, hasta los países más orientales del Asia. Romanos pontífices y monarcas cristianos, atentos á aquel nuevo poder, que serviría acaso para amenguar el de los musulmanes, enviaron entonces sus embajadas á los campamentos y cortes de los tártaros, ya por medio de misioneros, ya valiéndose de particulares á quienes sus propias miras impulsaban, y esos enviados daban á su vuelta noticia de tierras en parte ó del todo ignoradas. Dos nobles hermanos venecianos, Nicolás y Mateo Polo, que con objeto comercial se habían dirigido á Oriente, llegaron á la principal corte de los tártaros en la época de su mayor esplendor, cuando Kublai, hijo de Oktai y nieto de Gengis, incorporaba á sus dominios toda la China; y en un segundo viaje en que fueron portadores de una misión religiosa de Gregorio X para el Kan supremo Kublai, los dos venecianos llevaron consigo á su hijo y sobrino Marco Polo, que tanta fama adquirió luego, porque vueltos los tres á Europa al cabo de largos años de residencia en aquellos países, donde siempre tuvieron gran protección del Monarca, escribió un libro en que, del Catay, Mangui y la isla de Cipangri ó Cipango, es decir, de la China septentrional, la meridional y la más importante isla del Japón, contaba extraordinarias maravillas, confirmadas algún tanto en el siguiente siglo XIV por otros viajeros, y especialmente por mercaderes genoveses y venecianos que se dirigían en caravanas á Oriente para comerciar con China, aunque no todos alcanzaran la fortuna de llegar hasta la corte, que sólo en cortos intervalos solía despojarse de su tradicional misterio.

A tales regiones, sin cruzar tierra alguna, buscando rumbo desembarazado hacia Oriente, se proponían llegar los portugueses en el siglo XV, alentados por la feliz exploración que en la costa occidental de Africa habían emprendido desde que conquistada Ceuta en 1415 por el rey D. Juan I, fué nombrado su hijo D. Enrique gobernador de esa plaza. Terminaban los viajes anteriores de marroquíes y europeos en el cabo de Non, frente á las islas Canarias; pero el entusiasmo de dicho infante por los descubrimientos geográficos hizo realizar á los de su nación viajes más atrevidos, en que llegaron primero hasta el cabo Bojador, después hasta el cabo Blanco, y finalmente hasta Sierra Leona, descubriendo á la par las islas de Porto Santo y la Madera, la de Santa María, en el extremo austral de las Azores, y algunas del archipiélago de Cabo Verde. Fallecido en Sagres en 1463 el infante D. Enrique, la iniciativa individual no dejó extinguir el aliento recibido, y los portugueses penetraron en el golfo de Guinea, recorrieron su costa hasta el golfo de Biafra y arribaron á las islas de Fernando Póo, el Príncipe, Santo Tomás y Corisco y, más allá de la línea equinoccial, á la isla de Annobón. Dando de nuevo poderoso impulso el Gobierno desde que como sucesor de D. Alfonso V subió al trono D. Juan II, se avanzó en 1484 hasta el río Zaira, ó Congo, y dos años después Bartolomé Díaz consiguió doblar el cabo que dicho Monarca denominó de Buena Esperanza, como en efecto lo era para circunnavegar el Africa y dirigirse á los codiciados países de Asia, según las noticias más adelante comunicadas por el portugués Pedro de Covilham, que se estableció en Abisinia tras de recorrer, viajando por tierra ó cruzándola en gran parte, el Egipto, el Indostán y las costas orientales de Africa.

Pero por mar tambien, á los mismos países que los portugueses, se proponía arribar Cristóbal Colón, navegando atrevidamente con rumbo opuesto cerca de la línea de división entre la zona templada y la tropical. Fundábase para ello en un principio cierto, el de la redondez de la tierra, é infundíale entusiasmo, no sombreado por el recelo, la conclusión á que el razonamiento le llevaba. Otros que ese principio admitían, vacilaban en la consecuencia; pero Colón tenía el valor de la

lógica, exaltado por la imaginación. Era un gran propósito el suyo de seguir tal rumbo de Occidente. Por el opuesto se llegaría sin duda á la India; pero con esta empresa, no obstante su inmenso valor para completar el conocimiento de una mitad de la tierra más ó menos recorrida ó averiguada por Europa en la Edad antigua y en la Edad Media, no se levantaría el velo de la otra mitad. En cambio, el rumbo de Occidente descubriría toda la tierra, á la vez que á las deseadas regiones de Asia llevara.

No se equivocó Colón en esto que era su pensamiento capital, ni erró tampoco hasta cierto punto al tomar América por la India. Largos años había estado acariciando su proyecto, cuando salió de España á realizarlo, y con tal afán había recogido cuantos datos concernientes á la situación y circunstancias de aquellas regiones se tenían; con tal entusiasmo, sobre todo, se inspiraba en las noticias dadas por Marco Polo, que el Catay, Mangui y Cipango se los representaba en su imaginación con tanta viveza como si los hubiese visitado, y sólo países de gran semejanza con aquéllos podían detenerle en su camino. Encontrábase América donde en concepto de los más reputados geógrafos debían de estar las regiones descritas por el viajero veneciano; parecían corresponder á las 7.448 islas que, según éste aseguraba, existían alrededor de Cipango, y entre ella y la costa de Mangui, multitud de islas en el archipiélago de las Lucayas y laberintos de otras pequeñas en torno de Cuba: y eran también contornos parecidos á los que, según Marco Polo, tenían las playas orientales de Asia, la desmesurada extensión que en su costa presentaba de Occidente á Oriente dicha isla de Cuba, la cual, por las noticias que de su magnitud daban los indígenas, podía como continente reputarse, y la inclinación que esa costa tomaba luego hacia el Sudoeste. Pero aparte de tan singulares coincidencias de situación geográfica y configuración de costas entre lo que se quería encontrar y lo que se hallaba, había otra conformidad aun más decisiva. El Catay, Mangui y Cipango eran como nombres que significaban un suelo hermoso bajo un cielo magnífico: suelo que en abundancia rendía productos de esos que el comercio busca con avidez, y que teniendo su región propia ó preferente, son estímulo para que la humanidad reco-

rra los ángulos más apartados de la tierra. Significaban también esos nombres imperios ajenos á la fe cristiana, de vasta extensión y gran fausto, que si por el primer concepto excitarían el celo de los misioneros, por los otros motivos mecerían los sueños de gloria de atrevidos capitanes y conquistadores. Finalmente, tales nombres querían decir países de inmensa riqueza mineral, cuyos veneros de oro y plata sustentaban el esplendor de aquellas brillantes cortes, y en pos de los cuales irían, no sólo los aventureros ansiosos puramente de bienestar personal, sino los que, con más nobles deseos, quisieran esas riquezas para engrandecer su nación ó favorecer á la humanidad. ¿Pero hubo alguna de las condiciones enumeradas que no se realizase en América y no impulsara á decir: ésta es la India?

Cuadros admirables, donde la naturaleza desplegara su magnificencia ó poderío, por doquiera se dirigiese la vista se encontraban.

Plantas de hermosas flores, como la sensitiva y la brounea, la gesneria y la dalia, el girasol y el heliotropo, ó la amarilis y la azucena de los Incas, parecían custodiadas por las hojas pulposas y agudas de las pitas ó por los tallos aplanados y espinosos de los nopales. Disputábanse la altura, alzando un bosque sobre otro, ya el guayacán, el caobo, la cedrela olorosa, el cocotero y la araucaria, ya el liquidámbar, la encina de hojas de lira, el pino jigante, el tulípero y la magnolia. Galana vestidura, aparte de la propia belleza, en muchos de los frondosos árboles se contemplaba. Como si de la misma rama brotasen, se mezclaban con sus hojas otras muy distintas de plantas parásitas, mientras que orquídeas, cuyas raíces quedaban prendidas en el musgo húmedo que cubría las hendiduras de la corteza ó el entronque de las ramas, ostentaban entre el variado follaje sus flores de caprichosas figuras. Trepaban á su vez por la arboleda lianas y bejucos y, ora tendiendo vistosas cortinas la pasionaria y la ipomea purpúrea, ora formando la cobea y la bignonia puentes, pórticos y bóvedas, aumentaban la espesura de aquellos boscajes, donde se cobijaban desmesurados helechos que, como si fueran plantas para indicar la latitud, se presentaban allí erguidos y no rastreros como en las regiones próximas al Polo. Brillantes insectos y aves con mil matices hacían crecer el en-

canto. Veíanse sobre los pétalos ó cálices cetonias y crisomelas tan relucientes como si de oro y plata se hubiera querido salpicar las flores, mostraban las mariposas vivas tintas y metálicos reflejos; pero competían con ellas, revoloteando sin punto de reposo, pájaros-moscas ó colibríes de colores tan centelleantes que no parecía sino que los topacios, zafiros, rubíes, amatistas y esmeraldas habían adquirido alas para mayor fausto de la naturaleza; y como si se quisiera demostrar que en aquellos privilegiados países no eran menester nubes para formar hermosos arcos iris, mientras en las flotantes islas de victorias ú otras plantas acuáticas, en el remanso de algún río, asomaban flamencos de color de rosa, por los altos árboles trepaban papagayos con franjas verdes y amarillas, y volaban á las ramas, desde el suelo descubierto, tángaras teñidas de escarlata, azul y oro: representando todo ello como el tributo que al magnífico sol se rendía de la riqueza de colores que su descompuesta luz puede ofrecer. (*Aplausos.*)

Otras veces la grandeza del conjunto era motivo principal de admiración. Alzábase entre dos mares inmensos un istmo con montañas no de gran altura, como para desafiar con menos poderío la unión de ambos, y entre los estribos de la cordillera se contemplaban bosques de vegetación tropical, en los cuales se veía solazarse la danta en los manantiales, saltar de improviso el puma ó el jaguar sobre su presa, acechar el armadillo y el oso hormiguero tras los torrenteros ó montecillos de tierra levantados por los insectos más laboriosos; columpiarse, prendida de alguna rama, la zarigüeya cargada con sus hijuelos, y trepar multitud de titís y monos aulladores á la cima de los árboles, donde el perezoso mostraba inesperada agilidad. No se declaraban vencidas las plantas por las montañas. Las gruesas raíces del higuerón, ó árbol de las trébedes, hincaban su punta en el suelo, pero dejaban el resto fuera como para empujar más el tronco colosal, y entre áridas rocas el árbol lactífero se elevaba á gran altura. Palmeras de corto tallo, pero de palmas larguísimas, parecía que pugnaban por ocultar el agua de los ríos; mas éstos ensanchaban de pronto su cauce, ó por estrechas gargantas se precipitaban sobre enormes peldaños, y la plateada superficie, hermoseada por altos hervideros de espuma, alternaba

con los verdes arcos, hasta que más allá, cruzando por los laberintos formados por las raíces de los mangles, entre los cuales acechaban los caimanes, ó lamiendo las herbosas orillas donde salían á pacer los manatíes, cuyo aspecto recordaba las fábulas de sirenas y tritones, se perdían esos ríos en el mar, á cuyas riberas, por coger los peces abandonados en la marea, descendían en raudo vuelo bandadas de pelícanos, rabihorcados y cuervos marinos, en tanto que los patines se alejaban de la orilla rozando con sus alas las olas. Todo esto se descubría recorriendo el istmo; pero avanzando hacia el Sur, el cuadro era más soberbio todavía. Ya no se limitaba la cordillera á separar dos mares: erguíase majestuosa y parecía dividir un cielo de otro cielo. Cumbres altísimas cubiertas de nieve, donde reverberaba á veces el fuego de los volcanes, se sucedían en una extensión no menor de treinta grados de meridiano: el Chimborazo, no lejos del Ecuador, y el Gualatieri, algunos grados antes del trópico, con su cima elevada á más de seis mil metros, tocaban en la región de las nubecillas de blancos filamentos, y más al Sur, cuando ya la cadena declinaba, surgía de pronto el Aconcagua, cuya altitud, algo mayor, equivale á la del Etna sobre el Mulhacén. Era imponente la cordillera contemplada desde el Pacífico; pero al recorrerla, crecía el asombro ante la nueva fila de montañas, doble á veces, que aparecía tras la inmediata al mar, mostrando el terrible volcán de Cotopaxi, y las elevadas cumbres del Nevado de Sorata y el Illimani; mientras la vista se deleitaba en las hermosas perspectivas que entre aquellas alturas se desplegaban. Al puente natural, ó al desfiladero, con aspecto de galería de mina, sucedía el lago encantador ó la soberbia cascada del afluente que iba á engrosar algún río caudaloso de la inmensa vertiente oriental; y el valle delicioso, ó el bosque donde, aislados ó en grupos, asomaban los quinos sus capas tornasoladas por verdes hojas con vetas rojizas, se veía coronado por el matorral de flores purpúreas, por la verde pradera de maizales, por la faja dorada de las hierbas de altas cimas y por la de los musgos y líquenes, que en gradación, se remontaban sobre la extensa falda hasta tocar el manto de nieve que, anudado por el lado del Pacífico y echado sobre la espalda oriental, tendía sus pliegues en los páramos, por donde

corrían las llamas y guanacos, las alpacas y vicuñas, ó en los enhiestos picos donde el buitre ó el cóndor desplegaba sus alas gigantescas y alargaba su cuello al abismo para abalanzarse sobre la avistada presa. (*Aplausos.*)

Así brillante ó majestuosa, seducía desde luego América; y si ante tal magnificencia se concebía la esperanza de encontrar allí productos para el comercio útiles ó codiciosos, á cada paso se confirmaba.

No eran muchas, fuera de la lana, las materias empleadas para tejidos en Europa. De antiguo, juntamente acaso con la planta, si ésta acá no existía, se había importado de Egipto la manera de aprovechar el lino, que en este país tejían y teñían de varios colores, haciendo aquellas telas que con las lanas de color de jacinto y de púrpura, procedentes de las islas griegas, figuraban entre las riquezas de Tiro cantadas por el profeta Ecequiel. La seda, originaria de China, conociéronla los romanos desde que dilatado el imperio hasta las orillas occidentales del Mar Caspio, pudieron adquirirla de los persas y partos ó directamente de los chinos, cuyos dominios se habían extendido hasta las riberas orientales del mar citado. Después, ya comenzada la Edad Media, en algunos puntos de Europa se cultivó la morera y se crió el gusano que labra el capullo de seda, y que en las hojas de ese árbol busca, mientras es oruga, su alimento. Trajéronlos dos monjes griegos en el siglo VI, de Persia ó de la India, al Peloponeso, región que luego recibió, por el extenso cultivo de ese árbol, el nombre de Morea. Más adelante los árabes aclimataron la morera, y el gusano de seda, en el mediodía de España, y en tiempo de las Cruzadas, los normandos lograron lo mismo en el sur de Italia. Pero en la época de Vespasiano, en que de seda sólo se vestían ó adornaban las mujeres, como después de Heliogábalo, en que esas telas comenzaron también á usarlas los hombres; en la edad del emperador de Oriente Justiniano, como en la de los emires y califas los Abderramanes de Córdoba; y en el siglo del rey Roger de Sicilia, como en los siguientes, la seda fué siempre distintivo lujoso. El cáñamo, cultivado desde fecha algo anterior á nuestra Era, en que se trajo de Persia, se aplicaba á cuerdas y redes; pero en telas su uso fué tardío, á juzgar por dos tejidos regalados á Catalina de

Médicis, como comienzo señalado. No así el algodón. De tiempo antiquísimo servía en la India para telas que teñían con variados dibujos de hermosos colores, que Job, hijo de Arabia, ponderaba; y en Egipto también, donde propia ó importada de la India, crecía la planta, cuyas semillas están envueltas con la pelusa de algodón, se hacían con él tejidos, aunque por la preferencia dada allí al lino, no era con la profusión que en ese otro país. Cuando dos imperios famosos, el de Alejandro y el de los romanos, alcanzaron en épocas distintas el dominio del Mar Rojo, arribaron á veces á Europa las afamadas telas de Bengala y Masulipatán; pero con más regularidad, merced á un comercio activo, sucedió esto desde que los árabes de la Edad Media llevaron sus exploraciones á tierras lejanas bañadas por el Océano Índico, mientras sus conquistas los hacían dueños de las riberas del Mediterráneo. Además, desde el siglo IX la planta del algodón, traída por ellos, se cultivaba en la costa septentrional de Africa, en España y en Sicilia. Pero si las orillas mediterráneas se vieron favorecidas con ese tejido y esa planta mucho antes que la China, donde no se conocieron hasta el siglo XIII, Europa no llegó á producir en abundancia, y tal materia era codiciada cuando un Nuevo Mundo la ofreció á manos llenas.

En copos ó hilado, por labrar ó tejido, era el algodón el regalo que más veces presentaban los indígenas á Colón y á los descubridores que le sucedieron. Encontrábanse por doquiera, en las Antillas y otros muchos puntos cálidos y húmedos de América, variadas especies de la malvácea que lo produce, y á mayor abundamiento ceibas y otras plantas de la familia á que pertenece el corpulento y elevado baobab del Senegal, daban algodón en rama, utilísimo para fieltros, mullidos y colchados. Copioso manantial de riqueza representaba todo ello, pues esta materia textil fué cada vez de mayor uso, y estaba destinada á triunfar de las demás en baratura y utilidad, sobre todo desde que á fines del siglo XVIII cultivaron los Estados Unidos extensos plantíos de algodón, y montaron junto á ellos grandes fábricas de hilado y tejido. Ni el córcoro ó *yute* de la India, ni el ramio ó *rameh* malayo, ni el formio ó lino de Nueva Zelandia, traídos en tiempos modernos, lograron vencer la hebra carita-

tiva que viste á la humanidad entera, da trabajo á millones de obreros y constituye, después de los cereales, el producto agrícola de mayor importancia. Mas no se limitaba á esto el valor de América en materias para toda clase de tejidos, desde los más toscos, pero indispensables, hasta los de primor y lujo. La multitud de sus diversas palmeras, para cuerdas, cables, esteras y tejidos de gruesas fibras, ofrecía en las hojas, ó en sus peciolos y nervios, tiras y filamentos adecuados, y además la principal de esas palmeras, el cocotero, los hilos y telas naturales que en torno de su fruto forman múltiple envoltura. Fibras para objetos parecidos, aunque de mayor esmero algunos, se hallaban en el pie y costilla de la hoja del plátano ó banano, planta musácea, que ó existía allí con otras de la misma familia, como los bihaos y otras heliconias, ó si se llevó de Canarias en los primeros descubrimientos, se propagó con rapidez y prosperó como en tierra asiática y malasia, donde una de sus especies proporciona el hoy tan usado abacá. Las hojas de la pita, maguey ó agave, planta indígena de América, allí tan abundante, cuando llegaron los descubridores, como la vid en España, y de gran provecho, porque á muchas cosas se aplicaba, contenían fuertes fibras y un hilo, el henequen, delgado, pero de resistencia, pues con él y menuda arena, ludiendo sobre hierro, se llegaba á cortar el metal; y dichas fibras ó ese hilo servían para hacer, ya redes y cuerdas ó cabuyas, ya papel, hamacas, mantas, tapices y aun telas finísimas. Buscadas á su vez, habían de ser con el tiempo la anana y otras bromelias, por sus hebras á propósito para telas delicadas, ligeras y casi transparentes, ensalzadas con el nombre de batistas ó con el de nipis de piña, distinguidas de tejidos semejantes fabricados de otra materia inferior. Ni el reino animal dejaba de contribuir con mucho, pues el llama ofrecía lana larga y bastante hermosa, la alpaca vellón de pelo suave, en mechones cumplidos, que por su finura y elasticidad compiten con los de la cabra de Cachemira; y la vicuña, lanas muy estimadas, especialmente las de los costados y espalda, mientras que adornos preciosos podían hacerse con la piel de chinchilla ó con las plumas de las aves de brillantes colores.

No menor riqueza había en materias para teñir ni en otras

para construcciones valiosas ú ornamento de las mismas. Crecía en América como en la India, el indigotero, que proporciona el índigo ó añil. Tinte negro dábalo el zumo de la jagua ó genipa, y negro, violeta ó azul, según las sustancias con que antes se mezclara, el palo de Campeche. La bignonia, llamada ébano verde, aumentaba el número de las pocas plantas que tiñen de este color. Suministrábanlo amarillo el jugo de la capuchina y la corteza del laurel sasafrás; de naranja el leño del mismo árbol, y encarnado la bixa ó achiote y el palo brasil. Pero el descubrimiento entre estas materias más señalado fué el de un insecto de Méjico, que vive sobre el nopal y brinda con hermoso carmín, superior á la célebre púrpura de los antiguos, dada por dos géneros de moluscos de las costas mediterráneas, y á la tintura proporcionada por un insecto de España, del mismo género que la cochinilla, el quermes, adherido á la encina ó coscoja. Tenían además algunos de los árboles de tinte, antes citados, excelente madera como muchos de aquel país, donde si no existía el verdadero ébano de la India, aunque algún árbol lo parecía, podían compartir su uso en muebles costosos la cedrela y la preciada caoba. Ofrecía el cocotero madera que, pulimentada, parece ágata, y eran asimismo de valor el palo santo, el de hierro ó panacoco, el de magnolia, el curbaril y el palisandro. Había especies del palo del coral ó eritrina, y del de rosa ó sebestén; y la blanca médula del pequeño coco producido por la palmera tagua era muy parecida al codiciado marfil de los elefantes de Africa y la India. La tortuga carey y la madre-perla que, tanto en mares americanos como en el Océano Indico se cogen, dieron preciosa concha y brillante nácar para obras primorosas de embutido ó taracea, y de adorno sobre las mesas labradas sirvieron grandes conchas de vivos colores, como la de estrombo, que ostenta en sus labios hermoso tinte de rosa. Por añadidura, cuando en Europa, donde hasta el siglo XVI sólo á la pintura se aplicó el barniz, y éste limitado á algunos aceites secantes, el de lino y, últimamente, el de nueces y el de adormideras, se comenzó á imitar á los chinos y japoneses en el arte, por ellos creado y llevado á gran perfección, de revestir los objetos de lujo ó de manejo continuo con una superficie brillante é impermeable que adornara ó protegiera, encontráronse

en América resinas propias, útiles para barnices, aparte de las parecidas á las que en otros países se buscaban. Dió un balsamero la resina elemi, el curbaril la ánime, y cera vegetal la corifa y otra palmera. Si un zumaque del Asia oriental proporcionaba el aceite sólido llamado barniz del Japón, otra especie de ese árbol en América suministró una de las varias resinas denominadas copales. Del crotón, que daba en la India goma laca, no faltó allá especie semejante, y con excelente colofonía las coníferas americanas correspondieron á las que en la India y Africa ofrecían las resinas damara y sandaraca. En América, así como en Siria, se halló en abundancia el asfalto ó betún de Judea, resina fósil como el sucino ó ámbar del norte de Europa; y cuando en tiempos más recientes se aprovechó la gutapercha sacada de un árbol de las islas malasias, ya de otro árbol de América se extraía el caucho ó goma elástica, que, á semejanza de aquélla, y aun superándola, á tantos usos se aplica, que bien puede figurar entre los símbolos con que se represente la industria moderna.

En las plantas, encanto de los ojos, regalo del gusto y medio de que la naturaleza se vale para purificar y embalsamar el ambiente, vió siempre la especie humana remedio á sus males físicos, y dejándose llevar un tanto de la imaginación, no pocas veces concedió mayor fe á las que más lejanas y escondidas se hallaban. Con afán se las iba á buscar al Asia, pero en gran número las presentó América. Del utilísimo pino, cuya aguda copa se eleva como pararrayos de la humanidad doliente, había allí multitud de nuevas y hermosas especies, abundantes en trementina y brea. Virtud de estimulantes generales mostraban también la resina elemi, la de copaiba, el bálsamo de Tolú, el del Perú, la cascarilla del crotón y el estoraque del liquidambar, productos de plantas americanas, y tanto ó más apropiados que la mirra, la almáciga, el incienso, el bálsamo de la Meca y el benjuí, procedentes de plantas de Arabia, de la India ó de las islas de la Sonda. Por su condición de sudoríficos, el laurel sasafrás, la zarzaparrilla, y el guayacán, tan eficaz, que recibió el nombre de palo santo, no cedieron á la raíz de la esmilace de China y á los varios sándalos de la India y Siam en la curación de enfermedades emanadas de impulsos que el agno casto ó

sauzgatillo de Europa nunca alcanzó á prevenir, y que parece moderar el laurel del Japón con su celebrado alcanfor, tan complejo en sus efectos, si bien predominan los de languidez y calma. Encontráronse en América materias laxativas y drásticas en varias especies de casia afines á las que daban el sen y la cañafístula en Africa y Asia, aparte de que las verdaderas, llevadas allá, se cultivaron con éxito, y otro tanto sucedió con el tamarindo y con el áloe, que proporciona el preciado acíbar. Más usada que el eléboro de Oriente, la gutagamba de la India y el diagridio ó escamonea de Alepo, fué la jalapa, y en la misma clase de medicamentos figuró, andando el tiempo, la cainca, famosa además por su virtud contra mordeduras venenosas. La ipecacuana, emética en mayor grado que la violeta de España, fué útil en tantas enfermedades, que llegó á ser tenida por otra panacea como el laserpicio, tapsia, tal vez, que en tiempo de los romanos se guardaba con el tesoro del Estado. Por su propiedad de astringente, la ratania de América compitió con el catecú extraído de acacias de la India, y en su condición de remedios tónicos, al lado de la genciana y de la eritrea ó centaura menor, reputados los mejores amargos de Europa, otras plantas del nuevo continente ó de sus islas, como la cuasia, la simaruba y la galipea ó verdadera angustura, lograron puesto señalado. Pero distinguióse América, sobre todo, por un medicamento de esta clase que había de ser buscado por el comercio con tanta avidez como por otra virtud lo era el ruibarbo desde que en el siglo x los árabes recibieron de los chinos y esparcieron por las farmacias europeas esta raíz, de la cual, el Celeste Imperio cuidó siempre de no entregar semilla alguna. Ese medicamento americano, tanto ó más decisivo para cortar las intermitentes que la valeriana de Europa para calmar los espasmos nerviosos, era la corteza de quina, cuyo uso fué adoptado por los españoles desde que en 1638 alcanzó fama curando de fiebre á la esposa del entonces virrey del Perú, D. Jerónimo Fernández de Cabrera, conde de Chinchón; por los franceses, desde que cuarenta años después el práctico inglés Talbot vendió á Luis XIV por 48.000 libras, una pensión vitalicia de 2.000 y cartas de nobleza el secreto de un remedio, cuya base era dicha corteza; y por toda la humanidad desde que la ciencia

química depuró la quina y extrajo la quinina. ¡Corteza benéfica que merece conservarse en las moradas donde algún individuo triunfa de aguda enfermedad, como cuelgan en sus casas los mahometanos viajeros el acíbar en recuerdo de peregrinación cumplida!

Convidaba América con frutos muy gustosos, como la guayaba, el aguacate, el coco, la anona ó guanabana, el mamey, la batata, el zapote y el caimito, entre los cuales sobresalía por su aroma y sabor la piña ó anana. Brindaba también nuevos alimentos con el maíz, destinado á aumentar las especies de cereales cultivadas en Europa; y con la yuca, que á los indígenas proveía del pan que llamaban cazave, y con el tiempo suministraría á naturales y extraños la tapioca, tan útil á niños, ancianos y enfermos como el sagú de la India é islas oceánicas; y si tales dones no parecían suficientes, allí estaba la papa ó patata, que cuando mejor se apreciara, todos tendrían por manjar tan regalado como misericordioso. Sacábanse del maíz, de la pita y del esquino ó molle licores agradables, que podían convertirse en una especie de arrope ó de miel; pero superaba á estas bebidas la preparada con el cacao, sobre todo el de Soconusco, bebida predilecta de los mejicanos, y que generalizada después en España hizo las delicias del convento y del hogar. No había allí laurel cinamomo, cuya corteza fuese preciada canela como la de Ceilán, ni había nuez moscada ni clavo de especiería; pero suplíanse en parte las dos primeras con la canela blanca y la anona moscada, y por añadidura el fruto de una especie de mirto sabía en junto á clavo, nuez y canela. No existía tampoco para aromatizar licores la badiana ó anís estrellado de la China y del Japón, pero lo compensaban especies análogas, y las flores de las magnolias, aparte del fruto de una preciosa orquídea, la vainilla. Además, el fértil suelo de la América central y meridional acogió bien muchas de las plantas que á otros países cálidos iban á buscarse. La caña de azúcar, oriunda de la India, y que en distintos tiempos había sido aclimatada en Arabia, Egipto, Asia Menor, África septentrional y Mediodía de Europa, se dió aun mejor en las Antillas, adonde á raíz de los descubrimientos fué llevada de Canarias. En 1515 llegaron á España los primeros panes del azúcar obtenido en Santo Domingo, y en

1553 contaba ya esta isla con treinta trapiches é ingenios productivos, y todo ello significaba tanta riqueza, que no sin razón se dijo que con azúcar se habían costeado los palacios de Carlos V. Adelante prosperó el gengibre de la India, y con éxito se cultivó también el clavillo ó clavo de especiería, cuando pudo llevarse burlando la vigilancia que los holandeses, dueños de las Molucas desde el siglo XVII, ejercían para conservar abusivo monopolio. Si no halló en América, al parecer, suelo tan adecuado el té, que comenzó á saborear Europa á principios del mismo siglo, en que los holandeses lo trajeron de China, pudo provenir de que se ignoraba uno de tantos secretos con que se revisten las cosas del Celeste Imperio, pues el aroma de su té no es propio, sino de dos flores, una de ellas la camelia, de cuya fragancia lo impregnan antes de cerrarlo en las cajas que entregan al comercio. Pero libre de tales secretos, otra planta aun más famosa y codiciada, originaria de Caffa y Abisinia, y que en el siglo XV había encontrado en Arabia, especialmente en Moca, patria adoptiva, dió buen resultado cuando á principios del siglo XVIII los europeos, que desde los últimos años del anterior habían empezado á imitar á los musulmanes en el uso de ella, quisieron aclimatarla en las Antillas. Con el café de la Martinica, Jamaica y Puerto Rico se eximió Europa de pagar tanto tributo á Arabia, y fué más hacedero á todos procurarse esa bebida, que despierta el cerebro sin producir embriaguez ni calor excesivo, y en la cual, como también con menos ventaja en las espirituosas ó alcohólicas, suele hallarse, no el manantial de la inspiración, sino, cuando el manantial existe, un impulso que remueve el impedimento para dejarlo brotar.

Completaba la nueva región el cuadro de sus producciones con uno de esos artículos que más halagan el comercio, de esos que son sucesivamente curiosidad de algunos, aliciente de muchos y necesidad de todos. Tal iba á ocurrir con el tabaco, cuyas hojas arrolladas y encendidas por un extremo, chupaban ó sorbían los indios por el otro. Con no poca extrañeza Colón y los que le acompañaban contemplaron semejantes sahumerios, que no respondían al propósito de perfumar el ambiente como hacen en el Asia meridional y oriental quemando el leño del águila ó los varios de áloe; pero mayor fuera su admiración si

vislumbraran cuánto había de extenderse por las naciones civilizadas el uso de esa hoja que, como prenda de paz, ofrecían los indígenas para que fumara el viajero por huésped recibido. Sirven los narcóticos, ya para concentrar el espíritu, ya para distraer la imaginación, y el recurrir á alguno de ellos, parece una necesidad de esas que pueden moderarse ó cambiar de medio, pero no dejar de satisfacerse. El opio de adormideras cuenta por cientos de millones sus aficionados en la China, India y Turquía; síguele en prosélitos en dichos países, y en Persia y África, el llamado *churrus* en la India y *murlac* en Turquía, pero más conocido con el nombre de *haschich*, que le dan otros pueblos orientales, narcótico que se prepara con cierta resina del cáñamo y produce una embriaguez de sueños deliciosos; y aunque menos adeptos, tiénelos en gran número en la China, India y archipiélago malayo la pimienta betel, que mascan con cal mezclada. No faltaba en América planta que hiciera las veces de esta pimienta, pues para igual uso y revuelta con cal ó con ceniza de la quinoa, que á cierta altitud reemplazaba á los cereales, empleaban los indios del Perú la menuda hoja de la coca, y tan aficionados eran á ella, que su venta produjo cuantiosa ganancia á los españoles, que dominaron aquella región. Pero nada valía esta riqueza, comparada con la que representaba el tabaco, destinado á avasallar el mundo entero. Propagado su uso entre los españoles y portugueses desde mediados del siglo XVI, introducido á su vez en Inglaterra por Raleigh, que le adquirió en sus tentativas de colonización de la Virginia, é imitado en Francia el ejemplo dado por Catalina de Médicis de aspirar el polvo de la nicotiana, es decir, de la hoja de tabaco que Nicot, Embajador francés en Portugal, le había enviado desde este punto, pronto cundió la moda de fumar esa hoja americana ó de sorber el polvo de ella. En vano Jacobo I de Inglaterra lo vituperó en un opúsculo escrito por él mismo; en vano el Papa Urbano VIII dictó censura para evitar que la seriedad de las ceremonias religiosas se perturbara cepillando, como era costumbre entonces, la hoja que se quería aspirar; en vano el Sultán de Turquía, Amurates IV, conminó con penas severas á los súbditos suyos que hicieran uso del tabaco. Más arraigado, cuanto más combatido, siguió salpicando de

polvo el breviario, el libro de estudio, el randado pañuelo y la fina ropilla, ó bien obscureciendo de humo el ambiente de la celda, del gabinete, del camarote y de la tienda de campaña, y acabando por dominar á los mismos que pudieran prohibirlo, pareció servirles de estímulo para los triunfos y de beleño en los días aciagos: con el pecho manchado de polvo de tabaco paseó el genio de la guerra del siglo XIX sus armas victoriosas desde las Pirámides hasta Moscou, y el humo del cigarro veló la emoción del segundo Emperador de Francia al sufrir en Sedán una derrota que anunciaba la pérdida de su trono.

Mas no atraía sólo América por la belleza de sus paisajes y por los codiciosos productos con que al comercio brindaba, pues si se quería también un imperio brillante y pagano que despertara en el gerrero ambición de gloria por conquistarlo y en el religioso santo celo por convertirlo, allí estaba Méjico.

¿Qué imperio era aquel que al ruido de la victoria alcanzada por Hernán Cortés en Tabasco en 1519, se apresuraba á mandarle embajadas con ricos regalos de penachos, mosqueadores, ropas con adornos de plumas engalanadas y joyas de oro y plata, algunas de gran tamaño, como dos que representaban los dos astros más notables? En Zempoala, cuyas blancas casas, en medio de una comarca fértil y con esmero cultivada, evocaban el recuerdo de Sevilla, comenzaron á adquirirse más ciertas noticias, y tales eran, que al comunicarlas al joven monarca Carlos V, quedó asombrado, no obstante el esplendor de su corte. Mientras tanto, el resuelto capitán, alentado con lo que contemplaba y le anunciaban, se decidía á fundar la Villarica, de la Veracruz, y afirmando la propia opinión en el consejo y apoyo de los más de los suyos, para seguir adelante con mayor empeño, daba al través con sus naves, barrenándolas á vista de todos. Al penetrar después en Xocotlán, Tlascala y Cholula, ciudades comparadas por los españoles con Castilblanco de Portugal la primera, por sus blancas azoteas, con Granada la segunda, por el gran concurso de gente, y con Valladolid la tercera, por los muchos remates de altos edificios, creció ese empeño, porque aquellas noticias se repetían y ampliaban. Si el poder de Moctezuma era temido en Zempoala, donde con dolor le rendían tributo, sin atreverse á resistir, pues era señor de

muchas ciudades y tierras, y disponía de numerosos vasallos y ejércitos, ese poder era admirado en Xocotlán, donde no comprendían que pueblo alguno no estuviera sujeto ó amenazado de estarlo al dominio de Moctezuma; ese poder también constituía el orgullo de Tlascala, porque con ser tan fuerte, no sojuzgaba su Estado, regido por especial Gobierno, que los españoles hallaban semejante al de los señoríos de Pisa y Génova; y ese poder, finalmente, recibía el sello de veneración en Cholula, la ciudad sagrada, en la cual se alzaban cientos de montes hechos á mano, como grandes pirámides truncadas y con gradería, que servían de pedestales á los altares ó adoratorios donde se quemaba incienso y se hacían sacrificios, pidiendo á los dioses conservaran su protección al vasto imperio. Presentábanse, en tanto y á cada paso, nuevos embajadores á Cortés, rogándole, no sin cierto dejo de amenaza, á la vez que ricos regalos le ofrecían, no pasara adelante, y no valiendo el ruego, ya en Tlascala apelaron á la perfidia para impedir la paz y alianza del caudillo español con los de esta ciudad y provincia por él tres veces vencidos, y después en Cholula intentaron la resistencia, queriendo cerrar el paso. Pero todo era mayor aliciente para encaminarse hacia corte tan ponderada y que tanto se recataba. No cabía volverse sin ver, y los 450 hombres de que constaba el ejército conquistador, ansiosos y precavidos, con los corredores del campo á caballo descubriendo tierra, rodeados de peones muy sueltos, para mutua ayuda en caso necesario, detrás los jinetes de tres en tres, y los de á pie con gran concierto, á punto siempre las ballestas, escopetas y bombardas, seguían avanzando con esperanza de mayores maravillas, y en verdad no se engañaban.

Tan hermosa como Venecia en el Adriático se mostraba la capital de Méjico en el más extenso de varios lagos que llenaban la mayor parte de un valle anchuroso, situado á considerable altura sobre el nivel del mar y cercado de sierras muy elevadas. Alzábase hacia el lado occidental, y en el opuesto se hallaba la ciudad de Tezcuco. Al Norte y en gradación, cada vez más altos, se extendían el lago que después se llamó de San Cristóbal, el de Xaltocán y el de Zumpango. Al Sur, en gradación también, aunque menor, los dos lagos de Chalco y Xochi-

milco, este último al oeste del anterior, formaban casi uno solo, dividido en gran parte del de Tezcuco por una pequeña cordillera que cruzaba el valle de Oriente á Occidente, deteniéndose en el punto donde se edificó Ixtapalapa, y dejando entre ella y el lado occidental de la sierra circular, donde estaba Cuyoacán, un estrecho por el cual se reunían esos lagos, bañando las ciudades de Mexicalcinco y Huitzilópozco. Parecía un mar el lago de Tezcuco por su circunferencia, de unas quince leguas, y por su agua salada, á causa de la concentración que en fondo más permanente padecían las que con las lluvias y la nieve derretida bajaban de dicha sierra cruzando los lagos superiores, donde, más renovadas, conservaban todavía dulce sabor. Diques artificiales se unían á los naturales para contener y encauzar las aguas de los lagos más altos, y tres magníficas calzadas, una al Norte hacia Tepeyac, otra á Poniente hacia Tacuba y otra á Mediodía, dividida á cierto trecho en dos, encaminadas á Ixtapalapa y á Cuyoacán, enlazaban con las orillas del gran lago la que era capital del vasto Imperio desde que el antiguo señorío de las cumbres *(Cul-huac)*, extendiéndose por el valle, se había transformado en hermoso señorío de tierras y aguas (*Ana-huac*). Desde la falda de un alto volcán de aquella sierra, unos pocos españoles que, por mandado de Cortés, fueron á explorar la humeante montaña (*Popoca-tepec*), pudieron contemplar con deleite la perspectiva del variado valle; pero al costear el ejército por el Sur el lago de Chalco, pasar entre éste y el de Xochimilco, en cuya división estaba Tlahuac, y llegar, finalmente, á Ixtapalapa, junto al lago central, el asombro fué de todos ante cuadros como los descritos en las novelescas historias de andantes caballeros atraídos por encantadores. Ya destacándose en las orillas, ya pareciendo salir de las aguas, se veían templos, casas y árboles; interrumpían la uniforme línea de las calzadas sus puentes y adoratorios; multitud de canoas cruzaban los lagos, y á impulsos del viento se deslizaban sobre ellos las chinampas ó huertas pequeñas, de flotante césped, donde se mecían plantas adornadas de flores. Y juntándose una maravilla con otra, allí en Ixtapalapa, edificada al pie de un monte, parte de ella en el agua y parte en tierra firme, bañada al Sur por el lago de Xochimilco y al Norte por el de Tezcuco, veíanse

los españoles alojados por el señor de esa ciudad en una gran casa, obra de buena cantería y maderas olorosas, con huerta y jardín que embellecían un mirador de hermosos corredores, un anchuroso estanque, poblado de lindas especies de aves acuáticas, y un riachuelo por donde desde el lago se entraba en canoas hasta el delicioso verjel, formando todo ello tal cuadro, que bien cabía preguntarse si la capital de Méjico era otra Córdoba como la floreciente en tiempo de los califas, toda vez que aquella ciudad parecía otra Medina-Zahara.

Nuevo motivo de admiración se preparaba, ya acordado el recibimiento por Moctezuma. Partió de Ixtapalapa el pequeño ejército y entró por la gran calzada del Mediodía, de dos leguas de longitud, y tan ancha que cabían ocho caballos de frente. En el punto donde la calzada de Cuyoacán se juntaba con la que seguían, y donde en defensa de la capital se alzaba un baluarte con dos torres ó pirámides, cercado de muro, que ostentaba pretil almenado á altura de dos hombres, se habían adelantado á recibir á Cortés y los suyos muchos indios, que en la riqueza de sus calzas, en los primores de sus mantas cuadradas, sobre el pecho y espalda tendidas, y al hombro derecho anudadas, y en lo vistoso de las plumas con que adornaban su cabeza, mostraban ser nobles señores (*cui-tli*). Acercándose uno por uno á Cortés, diéronle la bienvenida é hiciéronle todos la misma reverencia de inclinarse, tocar la tierra con la mano y llevar ésta á los labios. Acompañado después de estos señores, siguió adelante el ejército, y pasado un puente levadizo de madera que á la entrada de la capital había, se encontró ante una calle derecha, muy larga y de bastante anchura, que edificios grandes y de buen aspecto hermoseaban. Conducido en andas de oro venía por ella Moctezuma, ataviado con lujoso vestido y calzado con sandalias, cuyas suelas de oro y correas cuajadas de brillante pedrería deslumbraban, mientras que su numeroso acompañamiento iba descalzo en señal de respeto. Hízose apear el Rey cuando estuvo á cierta distancia, y llevado entonces de un brazo por el señor de Tezcuco, y del otro por el señor de Ixtapalapa, siguió avanzando bajo un palio riquísimo de plumas verdes con labores de oro y plata, y con colgantes bordaduras llenas de perlas y de verdes piedrezuelas (*chalchihui-tl*), parecidas á es-

meraldas, y de los mejicanos muy estimadas. Iban delante indios principales, que, sin ser osados á levantar la vista, tendían mantas en el suelo para que no lo pisara, y con no menor recogimiento y el andar acompasado, en dos hileras divididos y arrimados á las paredes, seguían á Moctezuma, como en procesión, 200 señores, que en sus trajes y adornos revelaban ser caballeros (*te-cui-tli*) de su más distinguida orden. Fué Cortés á abrazar al monarca, pero los dos príncipes que á éste acompañaban detuvieron al caudillo español con las manos, si bien dejaron le echara al cuello un collar que como presente le ofrecía. Moctezuma dió á Cortés la bienvenida y se inclinó ante él, haciendo la ceremonia de llevar la mano á los labios, después de bajarla hacia el suelo. Lo mismo repitieron los de la comitiva, acercándose por su turno y volviendo á su puesto. Mandando luego el monarca á uno de aquellos dos príncipes que llevara del brazo á Cortés, y adelantándose él un poco, llevado del mismo modo por el otro, tornó hacia el interior de la ciudad, acompañándole la procesión en el mismo orden, y siguiéndole los españoles, admirados del solemne recibimiento, y entretenidos, según avanzaban, con el animado cuadro que en las calles inmediatas, formadas por el agua del lago entre andenes, ofrecía inmensa muchedumbre de indias é indios que por ver el ejército se apiñaban en canoas y azoteas, componiendo original conjunto con los diversos colores de sus túnicas, mantas, marlotas y otras prendas, y con la variedad de collares, brazaletes, zarcillos y demás adornos de metales, piedras ó plumas. Volvióse durante el camino Moctezuma á Cortés y echóle al cuello dos preciosos collares de conchas encarnadas y figuras de oro, que para premiar el presente que de él antes recibiera había mandado traer, y dadivoso también con los demás españoles, así que los dejó con su capitán alojados en un gran palacio, envió para todos cuantioso regalo de ropas, plumajes y joyas.

No mentía la fama al referir el fausto que á Moctezuma de continuo rodeaba. Vivía en otro palacio muy espacioso, con muchas puertas á diferentes calles, y con grandes salas, patios y corredores. Tejidos primorosos de menuda pluma, que figuraban animales y plantas, y paramentos que, aun siendo de algodón, parecían maravillosos por su labor y colores, alternaban

por doquiera con piedras labradas y con objetos de plata y oro, en los cuales, si no lucía en su perfección el arte, se mostraba el ingenio en la imitación de seres naturales, á veces con piezas fundidas, de modo que conservaban juego ó movilidad. Había en palacio gran número de guardias y gentes de servicio, y varias salas, á todas horas durante el día, se llenaban de nobles señores que en los patios dejaban su acompañamiento; pero el rumor propio del concurso se iba extinguiendo hasta la sala del monarca, cuyas audiencias se sujetaban á rigurosa etiqueta. Desde el labrador (*macehua-tli*), hasta algunos de los príncipes á quienes se daba el mismo dictado de alteza que al rey (el de *cin*, como el de *cid* ó *sidi* entre los árabes), comparecían ante él con las sandalias quitadas, trocadas las prendas lujosas por otras inferiores, haciendo profundas reverencias y no atreviéndose á alzar la mirada. *Señor*, comenzaba á decir el respetuoso vasallo; *mi señor*, invocaba de nuevo; *gran señor*, añadía después, y expuesta la petición, y oída la respuesta, se retiraba de frente sin variar su humilde actitud. Era también muy ceremonioso el Rey en sus comidas. En la sala para ello destinada, rodeábanle sólo, permaneciendo de pie, cinco ó seis señores de edad, á quienes honraba con su plática y con regalarles de lo que se le presentaba. Hermosas indias le traían en platos, que tenían debajo braseritos con ascuas, la comida que había escogido entre los manjares sin cuento, expuestos en la misma sala por multitud de servidores; de vez en cuando le llenaban de la bebida del cacao copas de oro, y, por conclusión le ofrecían en pipas, adornadas con labores del mismo metal, tabaco revuelto con liquidambar. Dábase luego la comida con esplendidez á cuantos en palacio se hallaban. La grandeza de aquel monarca, á quien pocos príncipes orientales podían igualar, se revelaba también en otras casas suyas, donde parecía hacer alarde de su poder. Dos de ellas se destinaban á fabricar y guardar penachos y enseñas que servían de distintivos guerreros; flechas, espadas y lanzas que suplían el acero con afilado pedernal, y colchados de algodón, rodelas y paveses, usados para defensa; armas adornadas, muchas de ellas con plumas, piedras y metales preciosos. En otra casa, con gran patio de gentiles losas á modo de tablero de ajedrez, se cuidaban con

esmero los animales del país más celebrados por su fuerza ó tamaño. Jaula adecuada donde revolverse tenía allí la pantera (*ocelo-tl*); en aposentos, mitad con techo y mitad descubiertos bajo red de palo, posándose en percha ó alcándara, como halcones de cetrería, el águila (*cuau-tli*) y el gran buitre (*cozcacuau-tli*), se guarecían de la lluvia ó desplegaban sus alas al sol, y asida por su cola de algún travesaño ó replegada sobre lecho de hojas, se balanceaba ó reposaba en su cuarto la ponderada culebra boa (*queza-coa-tl*) de vivos colores, como las plumas del tucán (*queza-tl*). Tenía además Moctezuma casas de recreo con jardines superiores al que tanto embeleso había causado á los españoles en Ixtapalapa. Arboledas dominadas por anciano ciprés (*ahuehue-tl*), cuadros de flores que la dalia (*xochi-tl*) esmaltaba, y grandes estanques, de agua dulce unos y salada otros, servían de morada á hermosas aves, y desde miradores de mármol se podía contemplar la deliciosa perspectiva que el chupamirto ó colibrí (*huitzi-tl*) en torno de las flores, los papagayos y cardenales en las ramas de los árboles, y el flamenco de vivo encarnado en los estanques, matizaban con movibles colores. Cuidaban de los jardines y de sus aves multitud de criados, entendiendo unos en recoger las plantas medicinales, otros en aprovechar las vistosas plumas, quienes en vaciar y henchir los estanques por sus caños, quienes en dar á cada ave su especial alimento; ni aun faltaban otros atentos á curar las que adolecían, revelándose en todo un esmero, que hubiera envidiado Francisco I para las garzas reales que por su mandado en el parque de Fontainebleau se criaban.

Correspondía al fausto del monarca el aspecto interior de la capital de su Imperio. Veíanse muchas casas con buenos aposentos y verjeles, propiedad de nobles señores y personas ricas que pasaban en la corte cierta parte del año, ó tenían en ella su habitual residencia, y se notaba no poco aseo en las calles de tierra firme y en los puentes y andenes de las formadas sobre el mismo lago. Venían desde Chapultepec á la ciudad por una de las calzadas dos grandes cañerías y, llena una de ellas mientras se limpiaba la otra, proveían de agua dulce, que indios dedicados á ello, pagando sus derechos, recogían y llevaban á vender. Varias plazas, destinadas á mercado (*tianquiz-*

tli), servían también para tratos y ajustes de trabajadores y maestros de oficios; pero el cuadro más vistoso lo ofrecía la del barrio edificado al Norte de la capital, sobre una pequeña isla (*tla-tl*). Era una plaza harto mayor que la célebre de la ciudad de Salamanca, estaba toda rodeada de portales y tenía en medio un macizo cuadrado de fábrica, de treinta pasos por lado, y altura superior á la de dos hombres, que servía de teatro en las fiestas y regocijos. Muchos miles de personas, dentro del vasto circuito, vendían y compraban con orden y concierto, bajo la vigilancia de celadores y el amparo de jueces de comercio, que en una casa como de audiencia (*tepan-ca-tli*) estaban reunidos para decidir en caso de infracción ó querella. Repartidos los diversos géneros de mercaderías, formando cada uno su calle, aquí se veían variadas formas de loza vidriada y pintada de Cholula, allí objetos de oro ó plata, vaciados ó labrados, obras ingeniosas de los artífices de Escapuzalco, y allá tejidos primorosos de pluma, que revelaban la paciente labor de los de Cotastlan, tierra próxima á San Juan de Ulúa ó de Culhúac. Había para calzado cueros de venado (*maza-tl*), de cíbolo ó bisonte y de otros animales; mantas de algodón de diversos colores y tamaños, destinadas á prendas de vestido ó á paramentos de cama; lienzos de la misma materia, preparados para poder en ellos escribir, y otras clases de papel y ropaje, hechas con fibras de una pita grande (*me-tl*) ó de otra pequeña (*ix-tl*), plantas de que tan pródiga se mostraba aquella región, que bien merecía el nombre de Méjico ó país de las pitas (*Mé-ix-co*), con que los españoles por primera vez oyeron designarla en Tabasco. No escaseaban los puestos con madejas de algodón hilado y con otras de henequén ó hilo de pita, ni las tiendas con los colores empleados en el tinte y pintura, entre los cuales sobresalía la grana de la cochinilla (*nuc-iz-tli*), adherida al nopal (*nopa-tli*, y su tallo ó fruto, *nuc-tli*). En sus calles respectivas se encontraban también, ya leños para encender y alumbrarse, ya esteras de palma ó pita, unas delgadas para asientos y pisos de sala, otras más gruesas para camas (*peta-tl*), ya buriles, escoplos, barrenas y hachas de obsidiana ó cobre, ya piedras, ladrillos y maderas para construcción, y aceite de chia (especie de salvia), ó de otras plantas para fijar las pinturas. En mantenimientos

podía satisfacerse el gusto más delicado. La volatería, sobre todo, era muy variada, y entre sus especies no brindaba con el manjar menos sobroso el pavo de América (*huaxolo-tl*), en España y otros países criado después. Los frutos eran también en gran número, algunos bien aceptados desde entonces y conocidos con los mismos nombres ó con leve variante (como *toma-tl*, *zapo-tl*, tomate, zapote). Teníase allí maíz (*cen-tli*) en grano y en pan, y además de la sal (*ixta-tl*), se vendía cuajada una eflorecencia salina (*tequesqui-tl*) que con red de malla se recogía de la superficie del lago. Abundaba la bebida del maiz y la de la pita ó maguey (*me-oc-tli*), licor llamado después *pulque*, y bien provista estaba á su vez la calle de las drogas y preparaciones medicinales. No se vendía al peso, pero existían medidas de capacidad, ya de estera ó tejido, para áridos, ya de loza, para líquidos. Y era de ver cómo ofreciendo unas mercaderías á cambio de otras, ó dando por moneda granos de cacao (*caca-hua-tl*), ó cañones de pluma llenos de granitos de oro, iba aquella gran multitud de unos puestos á otros. El rumor y zumbido de voces hasta muy lejos resonaba, y algunos españoles que en sus campañas habían recorrido famosos mercados de Europa, declaraban no haber visto cuadro tan animado.

Eran muchos los templos de la capital, en los cuales se solemnizaban, ya fiestas movibles, como la del brillante lucero (*Topi-tl-cin*), al principio de la época en que se mostraba por la mañana, ya las fiestas fijas, celebradas el postrer día de cada mes mejicano, en que, cumplidos por el sol (*Tona-tli*) con corta diferencia otros veinte grados de su curso anual, reinaban nuevas estaciones ó períodos de ellas, señalados por flores, frutos, cosechas, caza, pesca ó ferias, ya otras fiestas fijas que se hacían al cabo de cierto número de años. Pero el templo más suntuoso de esta ciudad era el que junto al grandioso mercado se elevaba. Cercado á bastante distancia por un cuadro de alto muro, dentro del cual hubiera podido edificarse un pueblo castellano de 400 casas, había un tronco de pirámide con base cuadrada de 300 pies por lado y con gradería de 114 escalones en la cara lateral que miraba á Poniente. El espacio comprendido entre el muro y esta cumbre (*cul* ó *cu-tl*), lo repartían grandes patios de losas blancas, holgados aposentos para los sacerdotes y otros

para doncellas consagradas por cierto tiempo á vida monástica, un gran osario, recuerdo permanente de la muerte, y unas 40 cumbres más bajas que la principal, las cuales servían para enterramiento de nobles señores y como pedestales á capillas ó casas de dioses (*teu-ca-tli*), dedicadas á las causas reconocidas de todo poder ó maravilla natural, como el rayo (*Mix-coa-tl*, ó la serpiente de las nubes), representado por la culebra boa (*queza-coa-tl*), esculpida con grandes proporciones en la capilla que por su pirámide de 50 gradas, entre todas esas otras, más se destacaba. Subida la escalera de la cumbre principal, venía un atrio ó placeta, cuyo contorno adornaban varios relieves, y la entrada una estatua como de dragón. Al lado opuesto de ese atrio se elevaba, en forma de torre, el templo donde eran venerados los dioses tenidos por mayores después del que por excelencia sólo llamaban el Dios (*Teu-tl*). Había en la planta baja de dicha torre dos capillas, una á la derecha y otra á la izquierda, ambas con prolijas labores en las piedras de las paredes y en las maderas del techo, y con una estatua cada una, de forma humana y gigantesco tamaño, sobre la cual brillaban muchos adornos de oro, plata, nácar, perlas y piedras preciosas, alusivos á los atributos de la deidad que la estatua representaba. La de la capilla derecha era del dios de los ejércitos, del dios resplandeciente (*Huitziló-poz-tli*, ó como decían los españoles, alterando un poco el nombre y suprimiendo el artículo, *Huchilobos*). La de la capilla izquierda era de su hermana la Providencia (*Tesca-poz-tl*), que recogía las almas y transformaba las de los guerreros en brillantes colibríes. Arriba, en otro piso del mismo templo, y en capilla no menos primorosa, donde ardía en un brasero lumbre perenne, estaba la estatua, hecha de semillas, y muy adornada también, que representaba á la Ceres mejicana que hacía fructificar los campos. Presididos por un prelado ó superior (*accaú-tli*), los sacerdotes (*tlamacaz-tli*), suelta la crecida cabellera (*papa-tl*) y vestidos de una túnica blanca, larga y ceñida, casi cubierta por una manta negra, orlada de guedejas de algodón hilado y provista de capucha, quemaban copal (*copa-tli*) en braserillos de mano y celebraban sus ritos en el atrio y las capillas, mientras abajo, frente á las gradas, oraba el pueblo, contemplando los actos religiosos y el

humo del incienso que, envolviendo la torre, subía hacia el sol, que parecía elevarse desde el monumento. El panorama que desde el atrio se abarcaba era muy hermoso. Distinguíanse á lo lejos el Nevado de Toluca, el Popocatepec y el pico de Orizaba, ó monte de la Estrella (*Citla-tepec*), entre las cimas de la sierra circular; veíase el lago con sus pueblos, sus calzadas y las canoas (*a-ca-tli*), que surcaban el agua (*a-tl*); y dominábase el gran mercado y el resto de la capital, que con sus barrios entre calles de agua, justificaba su nombre de ciudad como nopal de piedra (*Te-nuc-tli-an*). Pero, aun sin esa perspectiva, bastaba para sentir admiración, bajar la gradería y volverse á reparar en el grandioso monumento. Las pirámides de Egipto no ofrecen líneas tan hermosas como las obras de Grecia; pero no se las ve sin asombro, pensando en el sentimiento común que animaba á sus innumerables obreros, ó en la poderosa voluntad que á ellos se imponía; y ese mismo asombro debían tener los españoles al contemplar la pirámide mejicana. No eran tribus dispersas lo que en torno de ella existía: era un pueblo organizado, era una nación.

Habíala, en efecto, y muy digna de estudio. Abundaban en su idioma las palabras compuestas á la manera de los nopales, cuyos tallos se suceden como pegados unos á otros. Colocábanse las componentes en orden inverso á semejanza de las palabras inglesas, la voz específica antes de la genérica, y pospuesto iba también el artículo (*tli* ó *tl*), como presumen algunos que ocurría en el latín primitivo, cuyos nombres sustantivos lo llevaban, no haciendo de lictor, sino de esclavo. La escritura mejicana era por jeroglíficos ó dibujos de los objetos designados por las palabras ó por sus voces constitutivas, y ora pintando esas figuras, escribían libros (*ama-tl*), formados con dobleces de tela, y adornaban las paredes de los palacios, ora esculpiendo ó tallando las mismas figuras en las piedras ó maderas de los monumentos, ilustraban los relieves que representaban dioses, héroes, batallas y procesiones triunfales. La numeración se hacía por grupos de veinte unidades, divididos en otros de cinco (1, *ce;* 2, *ci;* 3, *ome;* 4, *naui;* 5, *macuil;* 6, *chico-ce;* 7, *chico-ci;* 8, *chico-ome;* 9, *chico-naui;* 10, *matlac;* 20, *zempoa*). El año, que comprendía diez y ocho meses de veinte días

y además cinco días intercalares al fin, sumaba 365 días, y comenzaba en la primavera. Los nombres de los trece primeros números se enlazaban por su orden con veinte nombres destinados á indicar días, y con otros cuatro sacados de estos últimos para señalar años, y como sucede con dos ruedas engranadas, cuando los números de dientes de cada una no son múltiplos de otro, cada palabra de número no volvía á dar con la misma de día ó año, sin haberlo hecho antes con las demás, hasta que al cabo de un ciclo de cincuenta y dos años, ó de cuatro grupos (*tlalpi-tli*) de trece años, se sucedían otra vez todas las denominaciones de años y días en el mismo orden. Designábanse los meses con el nombre de la fiesta que en su postrer día se celebraba, y que en algunos se llamaba sencillamente la segunda de la del mes anterior (como *ei-tozoz-tli*, que seguía á *tozoz-tli*). Formábase el calendario trazando círculos concéntricos, y pintando entre ellos combinaciones de las figuras de los nombres antes indicados. Añadiendo después las que representaban los hechos que acaecían, se escribía la historia, ó al menos la crónica. Al terminar el ciclo de los cincuenta y dos años, se hacía la corrección astronómica con otros días intercalares, y se celebraba la más solemne de sus fiestas, apagando todo fuego y dirigiéndose al templo del monte Huixactla de Ixtapalapa, para encender la nueva lumbre de leño (*teclua-hui-tl*), frotando con uno, otro especial. Remontábase la historia mejicana hasta la época en que, tras de haber quedado extintos cuatro soles sucesivamente por los elementos agua, tierra, fuego y aire, comenzó á alumbrar otro sol, hacía ochocientos cincuenta y ocho años al tiempo de la conquista por los españoles. Ni había menos que notar en la organización social y política del pueblo azteca ó mejicano. La administración de justicia, con comparecencia de testigos, que declaraban previo juramento, se hacía por personas nobles y de edad, que gozaban renta por su cargo y sufrían castigo cuando cohechaban. Cabía, en asuntos no leves, apelación ante otros jueces superiores, presididos una vez cada mes por el monarca ó por el señor de quien el vasallo dependía, y de ochenta en ochenta días, ó sea de cuatro en cuatro meses, se celebraba, bajo la misma presidencia, una como asamblea de jueces, que concluía las causas que durante este tiempo

hubieran quedado pendientes. El desafío, no estando en guerra, el homicidio, el adulterio y la reincidencia en robo, se penaban con la vida. La esclavitud figuraba entre las penas de delito, pero no alcanzaba al hijo del esclavo ni al de la esclava. Los impuestos obedecían á un vasto sistema. Aparte de los derechos de puertas, á todos se imponía contribución en materias, animales, frutos ó labores, por cabeza ó por pueblo, comunidad ó barrio (*calpu-tli*), con espera en caso justificado, con apremio en dilación no excusada; y cobrados los tributos, los recaudadores acudían á la capital del reino ó señorío para hacer cada uno entrega ajustada al padrón de la provincia de su cargo. La manera de heredar bienes muebles ó raíces variaba: en unos puntos dividían entre los hijos la hacienda por partes iguales, en otros vinculaban la propiedad en el primogénito, con obligación de mantener á sus hermanos, y en otros regía esto mismo á favor del hijo que el padre prefería. La herencia del reino ó del señorío era por orden de ramas en la descendencia primogénita: al monarca ó señor seguían sucesivamente los hermanos, y tras de ellos entraban los hijos del primero. La jura y coronación del rey se hacía previa reunión de nobles y príncipes en cortes. El ejército se formaba por servicio directo al monarca y por contingente suministrado por los grandes señores ó reyes tributarios. Educábanse los hijos de los nobles en colegios regidos por estatutos y dotados de tierras propias, y el valor de los plebeyos era estimulado por honores y elevación de rango cuando se distinguían en la guerra. No se declaraba ésta sin que precedieran consejo de Estado y consulta con representantes del pueblo, ni se llevaba á cabo fuera del campo yermo (*quiatla-tl*), señalado al efecto entre los límites de los reinos ó provincias. La religión empezaba y completaba los lazos sociales formados por los tribunales, la propiedad, los impuestos y el ejército. Bendecía al recién nacido, hacía sagrada la sepultura, sancionaba el matrimonio, amparaba el hogar con dioses penates ó con imágenes de los que en los templos se adoraban, dirigía la educación popular y la de los nobles, solemnizaba las fiestas, corregía las costumbres con ayunos, actos de penitencia y pan de perdón, intervenía en el gobierno y en la declaración de guerra é inspiraba memorables construcciones como la

gran pirámide de Cholula, cuya base era cerca de cuatro veces mayor que la de Cheops en Egipto.

Mas en la mayor parte de las fiestas mejicanas manchaba las ceremonias religiosas la sangre de los cautivos de guerra, sacrificados en aras de los dioses. Ofrenda limitada á flores y frutos contadas veces se hacía, y viendo por doquiera tristes despojos humanos, debían sentir anhelo de extirpar tal religión Cortés y los suyos, inspirados por otra, fundada en sublimes sentimientos de dulzura y caridad. Embellecidos así los sueños del conquistador con las aspiraciones del cruzado, el noble propósito dió vigor al empeño, y bien era menester, para triunfar, con escasas fuerzas, de un pueblo que al adivinar los designios de Cortés en las medidas pacíficas, pero á seguro dominio encaminadas, que desde el solemne recibimiento, hacía ocho meses, venía adoptando, se mostró de pronto tan violento como el volcán de Popocatepec. No se arredró al ver que el caudillo español, salido de la capital con parte de los suyos para oponerse á Pánfilo de Narváez que, con doblado número de gentes, armas y caballos, había desembarcado en tierra mejicana para disputar el lauro de la conquista, volvía á entrar victorioso al frente de un ejército aumentado con el del vencido. Atacáronle los de Méjico con denuedo, y las piedras de las pirámides y calzadas no estaban tan unidas como aquellos indios, en los cuales no parecían hacer mella las armas de fuego, según la prontitud con que la brecha abierta por los muertos y heridos era cerrada por los que á reemplazarlos se abalanzaban. Más enardecidos todavía cuando, á los pocos días, con el fallecimiento de Moctezuma, quedaron libres de todo respeto que los contuviera, arreciaron en el ataque, resueltos aun á perder miles de ellos por cada español que mataran. Cortés tuvo al fin que ceder y en la noche del 10 de Julio de 1520, noche que por los estragos en ella ocurridos conservó el renombre de *triste*, se retiró por la calzada de Tacuba, acosado sin cesar y sufriendo grandes pérdidas, hasta que, más allá de este punto, pudo reunir el desbaratado ejército en que ya no había caballo con fuerzas para correr, ni caballero para alzar el brazo, ni peón sano para moverse. Cortés sintió desaliento y las lágrimas asomaron á sus ojos. Mas pronto cobró ánimo y le dió á su ejército, con el cual, en buen orden, prosi-

guió la retirada por cerca de los lagos de Xaltocán y San Cristóbal, procurando salir de una tierra algo fragosa á cuyos cerros se acogían los mejicanos para hostilizar de continuo. Cuatro días llevaba el ejército teniendo apenas otro alimento que maíz tostado y algunas hierbas del campo, cuando junto á Otumba, al norte de Tezcuco, en los llanos de Apán, se vió cercado de inmensa muchedumbre de enemigos; pero Cortés supo probarles que, aun capitaneando gente desfallecida y cansada, podía alcanzar la victoria. Llegado, finalmente, á Tlascala, que se mantenía fiel á los españoles, volvió el pensamiento á aquella ciudad de Méjico que á todo trance quería recuperar porque era la cabeza del imperio, á la cual todos obedecían. Medio año después, sometidos algunos pueblos, concertadas alianzas, fundada en la provincia de Tepeaca una villa para precaver á la espalda cualquier rebelión, y prevenido lo necesario para contar en tiempo oportuno con caballos, pertrechos y bergantines, acampaba ante el lago que rodeaba la capital de Méjico, y cinco meses adelante, tras de porfiados combates con varios pueblos del rededor, ponía cerco á la gran ciudad por tierra y agua. La lucha fué entonces terrible. En cada puente de las tres calzadas y en cada barrio de la capital se trabó encarnizada pelea, porque los mejicanos ni se doblegaban al hambre, ni huían despavoridos ante el incendio, ni dejaban de combatir, aun viendo, de ocho partes de la ciudad, siete ya en poder de los españoles; pero Cortés no cejó hasta quedar triunfante el 13 de Agosto de 1521, al cabo de setenta y cinco días que el cerco comenzara y con él una epopeya como no se había visto otra desde los tiempos en que la cristiandad peleaba bajo los muros de Jerusalén. Bien es verdad que en esa epopeya brillaron dos héroes, por su intrepidez y constancia dignos igualmente de los aplausos de la historia: Cuatimoc, vencido, y Hernán Cortés, vencedor.

¿Qué faltaba para que América realizara la India, el Catay y Cipango? ¿Abundancia de plata, de oro y de piedras preciosas? Pues tanto de todo ello se encontró en el Nuevo Mundo, que, de contarlo sin pruebas, se hubiera tenido el relato por fantástico ó fabuloso.

Corrían sobre arenas y granos de oro no pocos ríos en las tierras que rodeaban el Mar de las Antillas ó formaban el golfo de

Panamá. Existía el precioso metal en Cuba y otras islas, sobre todo en la joya de los primeros descubrimientos de Cristóbal Colón, la isla de Haití, Española ó de Santo Domingo, de cuyos ríos Ozama y Haina se sacaron en pocos años grandes sumas de oro. Pisado después, en 1498, por el gran navegante el continente americano ó Tierra firme, los que codiciaban ricos hallazgos se dirigieron á esta parte y algunas veces con fortuna. Cuando Bastidas, con el antiguo piloto de Colón, Juan de la Cosa, costeó por primera vez las tierras que adelante se llamaron Santa Marta y Cartagena, y tras de esta región, cruzada por el río Magdalena, las orillas del golfo de Uraba ó Darien, halló en algunos puntos de toda esa costa abundante oro, que convidó á nueva exploración de la misma á Ojeda y al antedicho Juan de la Cosa. Veragua, adonde llegó Colón en 1502, costeando desde Honduras hacia el Sur, parecióle el Aureo Quersoneso de los antiguos, pues en dos días había visto allí más muestras de oro que en cuatro años en la isla Española. Pero otros puntos de gran riqueza había además en el istmo. La colonia de Santa María de la Antigua, fundada por Enciso en el Darien, tuvo halagüeño principio; mas todavía fué mejor su andanza desde que dos años después, en 1513, el hijo de un cacique cercano, viendo el no disimulado afán con que se disputaban el cuantioso regalo que de su padre habían recibido Vasco Núñez de Balboa, Enríquez de Colmenares y sus gentes, les dijo con un tanto de censura que si tal codicia en ellos se despertaba, subieran á las cumbres desde donde se veía otro mar, y, caminando hacia Occidente, encontrarían Tumanamá y otras tierras riquísimas. En efecto, desde el seno del Darien hasta aquella parte del istmo donde á un lado se fundó Nombre de Dios y al otro Panamá, pareció tan pródigo el país, que se le dió el nombre de Castilla de Oro, y no se desmintió ese título al extenderse la exploración hasta el cabo extremo del nuevo golfo y hasta el interior de las tierras años antes costeadas por Colón: Veragua y la que llamaron Costarrica. Para mayor magnificencia, alzábase Castilla de Oro entre dos mares, á trechos orlados de perlas. Muchas de ellas con aljófar menudo y grueso dieron á Colón en 1498 los indios de las islas de Margarita y Cubagua y los de la frontera costa de Cumaná. Á la fama de este hallazgo, un

año después, fué Alonso Niño á la misma región, y en pocos días que por allí anduvo, pudo volver á España con rico cargamento de aljófar, con perlas de cinco, seis ó más quilates. En abundancia se las dieron también á Núñez de Balboa en un punto de la costa del golfo de Panamá, y adquirida noticia de que mayor riqueza de ellas había en un grupo de islas del mismo golfo, fueron allá Morales y Francisco Pizarro, trayéndolas en gran cantidad y muy hermosas, entre las cuales se destacaban una de 26 quilates y otra de 31, que sirvieron luego de adorno, aquella á la Marquesa de Zenete y ésta á la esposa de Carlos V. Convirtióse después hacia Méjico ó Nueva España la atención codiciosa. De los confines orientales del Imperio, antes de la conquista, había traído Grijalva multitud de joyas de oro, y cuando, verificada aquélla, hizo Cortés explorar el territorio, se hallaron en regiones situadas á considerable altura sobre el nivel del mar minas riquísimas de plata, distinguiéndose Guanajuato con la veta madre que desciende á gran profundidad, y Zacatecas con la veta grande y con otra, muy valiosa también: la veta negra, situada cerca del punto donde existen las verdes piedrezuelas que tanto los aztecas estimaban. Méjico dió además, al ser extendida la exploración hasta el mar Bermejo ó golfo de California *(Calida fornax)*, oro en las tierras ó en sus ríos, y en el mar abundantes perlas. Mas con ser tanta la riqueza hallada en América desde los primeros descubrimientos hasta entonces, toda ella quedó eclipsada ante la ofrecida por el país al cual aplicaron los descubridores el nombre de Perú.

Había en este país un vasto Imperio, por sus costumbres, por su bienestar general y ciertos adelantos motivo de sorpresa y aún de admiración. No llegaba la gente del Perú á la mejicana en el arte de expresar el pensamiento, pues, á falta de letras, no tenían pintura jeroglífica que representase el objeto de cada voz elemental ó el conjunto de los señalados en las palabras compuestas, cuya construcción, también inversa como en el habla de Méjico, anteponía el sustantivo que, con relación á otro, había de convertirse en adjetivo. Sólo las cosas de cuenta eran cifradas, haciendo en un cordón, cuyo color variaba según los objetos, un nudo *(quipo)* ó varios que, con su diversa hechura ó distancia, expresaban el número de unidades, por grupos de

diez aumentadas. Para la memoria de los acontecimientos históricos servía la tradición oral, auxiliada por romances ó relatos cadenciosos. Era también inferior este país en saber astronómico, aunque, para precisar algún tanto el comienzo de las estaciones, tenía en algún cerro, edificadas de trecho en trecho, torrecillas que señalaban los nuevos puntos por donde el sol aparecía ó aquellos otros por donde se hundía en el ocaso. Pero en otras cosas el Perú aventajaba. Cultivábase allí la tierra con primor, á pesar de no haber otro arado que palas agudas para removerla. Como abono, en unas partes echaban, por cada grano de la siembra, una ó dos cabezas de pescado, y en otras partes aprovechaban el guano ó estiércol traído de unas islas contiguas á la comarca de Chincha y en ellas formado por multitud de aves que en sus rocas se posaban: abono tan solicitado ahora en Europa y de aquellos indios entonces ya tenido en mucho porque volvía gruesas y fructíferas las tierras menos adecuadas para sus plantas más alimenticias: la patata *(papa*, y cuando la comían seca, *chuno)*, el maíz *(zara)* y la quinoa ó quinua. Con gran arte, además, sabían procurarse humedad ó riego, no obstante condiciones adversas. Por el viento seco y constante del Mediodía, la parte llana del país, larga faja comprendida entre el mar y la cordillera paralela al mismo, padece, desde Túmbez hacia el Sur, escasez ó falta completa de lluvia que no bastan á suplir algunas nieblas y rocío; pero allí los indios abrían hoyos anchos y hondos hasta llegar á suelo húmedo donde prosperase la siembra, ó bien, cuando podían aprovechar algún río, siquiera lejano, sacaban varias acequias que hacían serpentear de un lado á otro y á las cuales daban ó cortaban el agua según querían. Favorecida la sierra por lagos, ríos y lluvias, oponía, en cambio, el inconveniente del declive, pero lo remediaban con repartir la falda en andenes y terrados, cuyo conjunto parecía un cono de murallas. No cuidaban menos de sus ganados. Hatos numerosos de llamas y alpacas eran llevados por los pastores de una parte á otra, según la estación, como trashuman en España los rebaños merinos de Extremadura. Los guanacos y vicuñas corrían montaraces por los altos y despoblados; mas los indios les daban especial caza *(chaco)*, cercando el sitio donde muchos de estos animales se juntaban, y estrechando el círculo poco á poco

hasta llegar á asirse de las manos. Era rústico su calzado, reducido por lo común á abarcas hechas con las grandes hojas de pita, ú hojotas, como decían los españoles; pero con el algodón, del cual les proveían las tierras bajas, y con la lana, que sacaban de los antedichos animales de la sierra, tejían ropas que teñían, á listas ó por igual, de carmesí, amarillo, azul, negro y otros colores, con los cuales resultaba vistoso el traje, aunque allí usaban menos los adornos de pluma. Hacían además, de pelo de chinchilla *(viscacha)*, tejidos tan blandos como si fuesen de seda. Por todo ello eran los indios mejor vestidos que en América se hallaron. Las mujeres, al menos en las poblaciones más importantes, llevaban una túnica larga muy ceñida á la cintura por una faja ó reata *(chumbe)*, ancha y primorosa, por la frente y cabellos una cinta galana *(vincha)*, y por los hombros una mantilla *(liquira)*, sujeta por un alfiler *(topo)*, de plata ú oro, grueso y de abultada cabeza. Usaban los hombres camiseta sin mangas, cumplida hasta cerca de la rodilla, encima larga manta, y en la cabeza distintivo especial según los pueblos: los más meridionales, alto bonete *(chuco)*, y los otros una ligadura *(llanto)* que ceñía la frente, sujetando el cabello, y era en unos sarta de cuentas muy menudas *(chaquira)*, en otros trenza de lana, y en otros cerco ó venda diferente. El Rey *(Inca)* llevaba por insignia, como corona, asida á la cabeza con cordones, una borla de lana, de color carmesí, la cual le tomaba de una sien á otra y casi le cubría los ojos. Sus ropas eran de lana de vicuña y de pelo de chinchilla, con muchos adornos de oro, plata y esmeraldas.

No navegaba la gente de la costa en simples canoas, sino en balsas de remo y de mástil con vela, hechas con maderos que por la parte de proa iban menguando en longitud desde el de en medio. Estaban atados sobre otros dos, puestos de través, y sostenían un tablado bastante capaz en algunas balsas, pues podían ir más de cincuenta personas. Pero mayor sorpresa causaban sus comunicaciones por tierra, para las cuales había dos obras muy señaladas: el camino *(suyo)* que iba por los llanos, y el otro, casi paralelo, construído en la sierra. Con dos paredes á sendos lados, las cuales aventajaban á un hombre en altura, cruzaba el primero los valles de la costa por debajo de arbole-

das que ofrecían grata sombra y convidaban con ramos de frutas. Era ancho, teníanlo limpio y cuando quedaba interrumpido, al llegar á algún arenal donde no se podía armar cimiento, para que no se errase la dirección, habían hincado á trechos palos que guiaban hacia otro trozo en terreno firme, y antes había manantial ó agua rebalsada *(jagüey)*, donde bebieran los caminantes. Por la áspera sierra, en cuyas cumbres se posaban el halcón *(guama)* y el gran buitre *(condor)*, iba el otro camino, hecho á fuerza de hombres y tan atrevido que traía á la memoria el paso de Aníbal por los Alpes, y no dejaba impropia la comparación con las siete maravillas de la antigüedad. Cruzaba la extensa y elevada llanura *(bamba)*, invadía la sierra dentada *(bilca)*, dominaba el alto cerro *(potosí)* y salvaba el caudaloso río *(may, cay* ó *guay)*. Era tan ancho que á la par podían ir por él seis de á caballo sin tocarse, y, para que nada faltara, solía haber á un lado cauce ó cañería de agua. Para hacer tal camino habían tenido que romper é igualar las peñas en la sierra y rellenar las abras y quebradas. Cuando la fragosidad era excesiva, lo echaban por una ladera y, con una pared ó tapia al lado opuesto, prevenían el peligro de resbalar. Donde descendía ó se elevaba, habían labrado en la roca viva escaleras y descansos, y cuando, cerca de un río, oponía algún tremedal su incierto suelo, allí habían construído fuerte calzada con pared á cada lado. A la entrada de cada puente *(chaca)* había guardas encargados de cobrar el pontazgo. Si el río era estrecho, tenía puente de piedra *(lumi-chaca)* ó de gruesos maderos; pero se pasaba el río ancho, por puente colgante afirmado por los extremos en cimientos de piedra que subían desde las orillas hasta la altura, á veces considerable, de la quebrada. Formaban el suelo de tal puente dos gruesas maromas hechas de bejucos, paralelas y enlazadas por espeso trenzado de cordeles de pita ó maguey, y otras dos maromas más altas, unidas por otra red de cordeles con las inferiores respectivas, hacían de barandas. Grandes piedras atadas por debajo, de trecho en trecho, para dejarlo tirante, completaban la construcción del puente, el cual, lejos de ser endeble, tenía tanta resistencia, que los caballos de los españoles pasaban á rienda suelta como por el de Córdoba ó Alcántara. Así se corrían más de 1.800 leguas por el camino que

desde Quito, pasando por Chincha, iba hasta la gran plaza de Cuzco, capital del Imperio, y por el otro camino que, sirviendo á aquél de continuación, salía de allí, pasaba por el distrito de Colla ó Collao y seguía hasta Chile. Pero de la misma plaza salían otros dos *(Ande-suyo* y *Conde-suyo)*, dirigidos el uno, por el Este, hacia los Andes, y el otro, por el Oeste, hacia Conde y la comarca donde se fundó Arequipa, los cuales, con los dos primeros, señalaban las cuatro grandes divisiones del Imperio, parecidas á las antiguas provincias en que los romanos repartían España. Por caminos con tal esmero construídos iba rápido por la posta ó correo *(chasqui)* todo aviso, pues había cada media legua una casita donde estaban dos indios con sus mujeres, y llegada la noticia, uno de aquéllos, sin parar, corría esa distancia y daba el aviso á los de la otra casa, donde lo propio se repetía. Encontrábase además cada cuatro leguas un palacio *(tambo)* con cuartos atestados de mantenimientos, vajilla, ropas, armas y tiendas de campaña, de todo lo cual llevaba cuenta, según el registro usado en aquel país, un mayordomo real ó intendente *(quipo-camay* ó hacedor de nudos). Servían tal edificio y provisión para recibir dignamente al Rey con su numerosa comitiva, cuando viajaba, y suministrar al ejército en sus jornadas cuanto necesitase adquirir ó renovar. Iba el ejército repartido en escuadras con banderas y capitanes, llevando en la delantera los honderos, detrás de éstos los que empuñaban hachas de cobre, grandes como alabardas, y los que manejaban porras del mismo metal con cinco ó seis puntas agudas; en pos de ellos los armados de lanzas cortas arrojadizas, y en la retaguardia los piqueros con lanzas muy largas; provistos unos y otros de lazo *(aillo)* para prender al contrario, y de jubones rellenos de algodón para defensa propia, aparte de la que oponían con rodelas de tablillas angostas ó con capacetes de madera colchados.

Causaban admiración, además de los caminos, otras obras de piedra, muestras grandiosas del trabajo colectivo, en las cuales no se descubría señal de cemento ni mezcla, fiada la solidez al firme asiento y esmerada juntura. Convertían los peruanos un cerro ó monte en fortaleza *(pucara)*, tajando las rocas de la falda, poniendo encima losas y piedras hasta dejar construida

escalera ó gradería circular ó en espiral, con un llano ó plaza al término superior, y cercándolo todo de murallas, que adornaban con estatuas y relieves de hombres con armas y de fieros animales. En un alto collado del valle de Guarco estaba la más agraciada y vistosa fortaleza con bien hechas portadas, grandes patios y una escalera que llegaba hasta el mar y afrontaba el embate de las olas. Destinadas á palacios, sepulturas y templos había obras magníficas, tanto del tiempo de la Monarquía como de fecha anterior, á juzgar por el traje de las estatuas y por la base de los edificios, cuadrada en vez de rectangular. Era Tiaguanaco el lugar más curioso por esa arquitectura antigua y osada, pues aunque no se descubrían á gran distancia en torno rocas ni canteras, existían piedras de tales dimensiones que no se sabía cómo fuerzas humanas pudieron llevarlas, y menos todavía con su primer tamaño, si allí se labraron, porque todo en una pieza se veía en algunas, abajo un ancho pedestal y encima una gran portada con sus quicios, umbral y dintel ó portalete. Eran á su vez Cuzco, Bilca, Tumebamba y otros lugares motivo de suspensión por obras hechas en tiempo de los monarcas. Constaban á veces sus palacios de un solo edificio, que parecía imitar la sierra en las proporciones de la base comprendida por las cuatro paredes del exterior, pues alguno media 22 pies de ancho, mientras que su longitud la comparaban los españoles con una carrera de caballo. Daban comunmente los cuartos ó aposentos interiores á un gran patio con estanque, á veces á un huerto ó á un corredor que en este ó en el patio recaía. Sus paredes estaban pintadas de blanco ó de bermejo y tenían huecos ó nichos para poner esculturas y adornos. Adecuados al clima, sus techos eran las más veces de paja puesta con orden sobre vigas que en las paredes descansaban; pero también se veían bóvedas, y no sencillas algunas, formadas por cuatro de ellas, redondas como campanas é incorporadas en una sola. No poco maravillaban también las sepulturas de aquel pueblo tan respetuoso como el egipcio con los muertos, los cuales miraba con cierta veneración como si el alma, que en su sentir era la vida que había hecho latir el corazón *(xongón)*, se mantuviera cerca del finado en comunión con los vivos. Variaba, según las comarcas, la manera de hacer las sepulturas, aquí

hondas, allí altas; pero cuando tenían esta forma, mostrábanse imponentes algunos valles en cuyos cerros del rededor había gran número de ellas, como si se quisiera que los muertos dominaran los campos que vivos labraron ó tuvieron. Como todas eran convertidas en lugares sagrados y los templos á su vez eran panteones de monarcas y reales familias, el triste nombre de sepultura *(guaca)* servía también para designar los templos. De estos los había soberbios, con buenas portadas, gradería debajo de ellas, y figuras esculpidas en las paredes. El culto arraigado por los reyes en aquel país consistía en la adoración ó reverencia *(mocha)* tributada á los astros, en particular al sol *(Manco)* y á la luna *(Mama)*, los cuales habían otorgado allí el mismo don que en algunos reinos del Asia, comenzando la dinastía con un hijo ó príncipe *(capac*, *capalla* ó *capay)* y una hija ó princesa *(oella*, *oeya* ó tal vez *coya)*. Habían subsistido, no obstante, las peregrinaciones que desde antiguo se hacían de muchas partes á un pueblo de la costa por visitar un grandioso templo donde se veneraba un Ser Superior, invocado como Hacedor del mundo *(Pacha-camay)*; pero es posible que este culto fuera el mismo que el impuesto después por los reyes con otro nombre. Derramados los pueblos del Perú por las faldas occidentales de la gran cordillera, los más de ellos veían ocultarse el sol y la luna en el Oceano Pacífico y era natural les supusieran cuna parecida á su aparente lecho. No alcanzaban el mar por Oriente; pero más de un lago *(cocha)* había entre las altas montañas, y varios de ellos, como el Soclococha, fueron tenidos por sagrados por haber mecido al Ser Supremo, substancia ó espuma *(vira)* de todo *(Tice)*. Mas tal fama ó nombre de lago del Ser del Universo *(Tice-vira-cocha)*, hiciéronla prevalecer los monarcas en pro de aquel, en cuyo interior se eleva la isla de Titicaca, donde habían vivido sus antecesores. Eran los dos astros venerados en los mismos lugares, pues si el sacerdote *(Vira-oma)* celebraba holocaustos y quemaba incienso en aras del sol, la doncella *(cona)*, sujeta á vida monástica, hacía de sacerdotisa de la luna *(Mama-cona)*.

Los tesoros reunidos en los palacios de los reyes y en los templos excedían á cuanto pudiera imaginarse. Verdad es que el país abundaba en riquísimos veneros. Bajo el Ecuador, en la

provincia donde están Manta y el que llamaron los españoles Puerto Viejo, se hallaban las esmeraldas que más habían de estimarse en Europa por su puro color verde y tinte aterciopelado, fondo á propósito para hacer resaltar los resplandores de un cerco de diamantes. Henchía la plata altos cerros, como los inmediatos á Pasco y Chuquisaca, y los indios no carecían de habilidad para desligar el metal, pues cuando no corría con simples fuelles hacían unos crisoles de barro, del talle de albahaqueros ó macetas, agujereados por muchas partes, y echando carbón en ellos y encima el mineral que contenía plata, los dejaban en los cerros y laderas, donde el viento (*guaira*) soplaba con más fuerza: allí brillaban de noche como luminarias, y una vez cendrada la plata, los indios la afinaban con pequeños fuelles ó cañones. De granos y arenas de oro rebosaban algunos ríos, tanto al Norte del Imperio, cerca de Quito, como hacia el Sur, donde corre el río Carbaya, muy abundante en ese metal. En las respectivas provincias había quedado toda esta riqueza mientras se mantuvieron independientes, rigiéndose unas á manera de behetrías y otras bajo el dominio de un señor (*curaca*), en cuya familia se perpetuaba el poder, si bien con llanas costumbres, pues en las fiestas reunía el señor á sus vasallos en el gran patio de su morada y con ellos comía y bebía. Pero los monarcas, hijos del sol y de la luna, fueron ensanchando su imperio, y los tributos, aparte de la ofrenda voluntaria por acatamiento ó veneración, llevaron la mayor parte de los tesoros á los palacios donde los reyes vivían y á los templos del culto que patrocinaban. Fueron menester para algunas conquistas sangrientos combates, como el librado no lejos de Quito, á orillas de un lago que tuvo desde entonces aciago nombre (*yaguarcocha* ó lago del jaguar); pero las más veces los nuevos distritos eran incorporados sin violencia, porque los Incas procedían con maña, respetando las costumbres de los pueblos y confirmando la autoridad de sus señores, mientras éstos y aquéllos se sometieran á la monarquía y aceptaran su religión. Había, además, cierta dulzura en sus instituciones, y esto contribuía á extender el dominio. El culto no pedía sacrificios humanos. Los pueblos debían cuidar con esmero á los inválidos por edad ó por desgracia, y dar trabajo á todos los que pudieran desempe-

ñarlo. Cuando por un acto de hábil política, tras de conquistada una comarca, se hacían salir de ella, para pasarlos á otra, miles de hombres con sus mujeres, el indio trasladado (*mitimá*), según fuese de país cálido (*yunga*) ó frío (*chile*), había de quedar en otro del mismo temple y recibir allí heredad para sus labores y sitio para su casa. En la capital del Imperio, ciudad populosa, con grandes edificios y largas calles, si bien angostas, había muchos indios de esa condición, y los de cada país tenían su barrio, guardaban sus usos y ostentaban su distintivo. La sumisión, por tales motivos, se prestaba con cierto amor, y los delegados de los Incas recogían sin esfuerzo cuantiosos tributos de ganados, frutos y ropas, muchas esmeraldas y gran cantidad de plata y oro, que llevaban á Cuzco, Jauja, Túmbez y otros puntos, donde había buen número de plateros que labraban variedad de objetos para los palacios y templos. Así la dinastía que empezó con el Príncipe del sol (*Manco-capay*), fué reuniendo tantos tesoros, que bien mereció el nombre de Príncipe de la riqueza (*Guaina-capay*), el padre de los dos desventurados monarcas Guascar y Atabalipa. En litera de planchas de oro, en hombros de los principales señores, era llevado el Rey cuando salía. En palacio una silla (*duo*) de oro le servía de asiento, los jarros y vasijas eran del mismo metal, y en los nichos de las paredes se veían figuras de plata y oro, que representaban hombres, mujeres, diversos animales, en particular el llama, y varias plantas ó sus frutos, especialmente el maíz, como en el campo se contempla, ó sus granos amontonados en trojes y graneros. Pero mayor riqueza aun en los templos resplandecía. No se juntaba el público en el interior, pues los objetos de adoración, el sol y la luna, en el cielo estaban patentes, sino en una plaza construída delante de la fachada oriental y rodeada de árboles, las más veces esquinos ó molles, en la cual había, á un lado, una gran piedra, donde eran sacrificados el llama y otros animales, y en medio un adoratorio de piedra, hecho de pequeñas murallas y terrados, con un asiento arriba, donde el Rey se ponía á orar. Pero aunque el culto se celebraba en el exterior, el templo era la mansión del sacerdote, el monasterio de gran número de vírgenes consagradas á la luna, el aposento donde se guardaban los vasos de los perfumes, y, finalmente, el mausoleo de las fa-

milias reales. Así había tanto oro en esos edificios. Deslumbrábase la vista mirando en torno del recinto fajas brillantes hechas con planchas ó láminas de oro, y en los huecos de las paredes figuras del precioso metal; pero los cuerpos de algunos monarcas ó indivíduos de su familia fallecidos, estaban también allí, vestidos con ricos trajes y sentados en sillas de oro, y con la cabeza inclinada y las manos cruzadas sobre el pecho, parecían contemplar la vanidad de tanta magnificencia.

País tan maravilloso, cuya riqueza era propia de un cuento de hadas, estaba como escondido desde el Ecuador hacia el Mediodía, al Oriente del Océano Pacífico. Pero descubierto por Vasco Núñez de Balboa en 1513 este océano, que por su situación respecto del istmo fué llamado Mar del Sur, convidaba á á la exploración. Acaso el mismo Balboa, si la desventura no cortara en 1517 prematuramente sus días, hubiese hecho también ese otro descubrimiento, y digno hubiera sido de ello quien no contento con ser el primero que vió el nuevo mar, tuvo ánimo, á la cabeza de su gente, para transportar naves por encima del istmo. Mas no pasaron muchos años sin que se emprendiera el viaje que hacia el Perú debía llevar. Fundada en 1520 la colonia de Panamá, en las riberas del indicado Mar del Sur, Francisco Pizarro, cuatro años después, salió á descubrir por la costa, á la parte de Levante, auxiliado por Diego de Almagro, que, tan pronto estaba á su lado compartiendo las fatigas, tan pronto regresaba á Panamá por gentes, barcos y mantenimientos, pues ambos contaban, para aumentar sus recursos, con los del eclesiástico Fernando de Luque, provisor de la iglesia de la colonia. Adversa suerte tuvo Pizarro durante tres años, ya sufriendo muchos trabajos al recorrer un trozo de costa lleno de anegadizos y ciénagas, ya teniendo que volverse al istmo, ya aventurándose otra vez y llegando al extremo de verse abandonados él y trece compañeros algunos meses en la despoblada isla de Gorgona, situada unos dos grados al Norte de la línea del Ecuador; mas pudo al fin con esos trece y el socorro de un navío que le envió Almagro, pasar al Sur de la línea ecuatorial, llegar al golfo de Guayaquil, visitar la ciudad de Túmbez, costear la provincia de Piúra, cuyo nombre, alterado, fué acaso origen de la denominación de Perú, si cerca del golfo de Pa-

namá no había algún río que la llevara, y proseguir la exploración hasta más allá de donde después se fundó Trujillo. Viéronse en este viaje poblaciones que revelaban ser sus moradores gente adelantada, y bastantes muestras se hallaron también de que el país era rico en plata y oro. Regresó entonces Pizarro á la colonia, y hecha relación á Luque y Almagro, se embarcó para España, donde en Julio de 1529 le fueron otorgadas las mercedes que para él y sus dos socios pedía, á fin de emprender la conquista de la región descubierta. Vuelto á América, salió de Panamá á principios de Enero de 1532 con naves, soldados y provisiones para llevar á cabo ese propósito. Llegado á Túmbez y fundada la colonia de San Miguel en el pueblo de Tangarara, en el valle de Piúra, enderezó sus pasos á Cajamalca, pueblo en la falda de la sierra, cerca del cual se hallaba en aquella sazón el rey Atabalipa. Y aquí comenzó el deslumbramiento producido por la vista de grandes tesoros. Preso el Monarca por Pizarro, recogiéronse de su real, aparte de esmeraldas, muchas piezas de plata y oro, algunas monstruosas, que formaban su vajilla; pero todo esto pareció nada cuando Atabalipa, por obtener su libertad, ofreció henchir de cosas de oro, hasta la altura que señaló, puesto de pie y alzada la mano, una sala que tenía 22 pies (6 metros próximamente) de largo por 17 pies de ancho, y llenar este mismo espacio dos veces con objetos de plata. Aceptado el ofrecimiento, dió órdenes, y durante seis meses estuvieron llegando piezas de gran valor. Planchas de oro de las que cubrían las paredes de los templos se juntaron más de 700, como tablas de caja de tres ó cuatro palmos de largo, y eran de ver, además, resplandecientes platos, copas, vasijas y urnas, de varias formas y dimensiones, mezclados con piezas de adorno, algunas de cierto primor, como las que imitaban el maíz con su tallo, nudos, hojas y espiga, ó las que representaban fuentes con caños, agua y figuritas de hombres y aves. Aun no estaba toda la cantidad prometida; pero lo reunido bastaba al más codicioso, y en Mayo de 1533 se pregonó y comenzó á hahacer la fundición, en la cual se invirtieron dos meses, á pesar de que tomaron parte en ella expertos indios, trabajando con nueve forjas, y á pesar de que algunos objetos, en que se revelaba mayor arte, no fueron fundidos. La suma era fabulosa, pues

aun separado el quinto de todo ello para la corona, apartada también cierta cantidad para los vecinos de la colonia de San Miguel y para la gente que había llegado después con Almagro, y descontada asimismo la silla del Rey, de oro de 16 quilates, la cual valía más de 25.000 ducados, y fué escogida por Pizarro, todavía á unos 100 de á pie pudo darse, por término medio, pues hubo algunas distinciones por especiales méritos, de oro 4.440 pesos ó castellanos, es decir, centésimas partes de libra, y de plata 181 marcos ó medias libras, y doble cantidad, lo mismo en oro que plata, á unos 60 de á caballo; repartiéndose otra más crecida Pizarro y sus capitanes. ¡El oro de la suma total ascendía á 1.326.539 pesos ó castellanos, y la plata á 51.610 marcos; debiendo añadir que semejante suma representaba por entonces en España tanto como en el día otra tres ó cuatro veces mayor!

Partió para España Hernando Pizarro, hermano del conquistador, á dar cuenta de los sucesos y entregar el quinto de la Corona. En Enero de 1534 llegó al río Guadalquivir, y no cabe pintar el efecto causado por los presentes y noticias. No se había visto hasta entonces llevar á la casa de contratación de Sevilla tesoro tan cuantioso como aquel tributo que el sol y la luna, adorados por los Incas, parecían rendir á Carlos V, rey de España y cabeza del sacro romano Imperio. Venían para Su Majestad treinta y ocho vasijas de oro, cada una con cabida aproximada de dos cántaras; cuarenta y ocho vasijas de plata, no menores, una de ellas en forma de águila; dos ollas grandes, una de plata y otra de oro; dos costales de oro, holgados cada uno para dos fanegas de trigo; dos pequeños tambores, también de oro; una estatua del mismo metal, tamaña como un niño algo crecido, y, aparte de todo esto, en grandes cajas cerradas, barras, planchas y pedazos de los dos preciosos metales por valor de 153.000 pesos de oro y 5.048 marcos de plata. Á la vista ó noticia de tal tesoro y del que llegaba para personas particulares, no hubo loca esperanza que no se concibiera; y ávidas de fortuna, se embarcaron para el Perú muchas gentes, sin advertir cuánto tenía de engañoso un rico hallazgo, pues convidaba á gastar con pródiga mano lo que la tierra siempre guardó cuidadosa. Bien indicaba el continuo subir de precio las mercancías

que había en semejante riqueza más de ilusión que de realidad; pero la lección no aprovechaba, porque el yerro no era de los españoles, sino de su tiempo, que de la Edad Media lo había heredado, junto con otros errores económicos, como la tasa, los decretos suntuarios y la variación de la ley en la moneda. Ni cabía desarraigarlo pronto, á juzgar por lo que aun se vió más de tres siglos adelante. Cuando en 1849, por un descubrimiento casual que hizo Sutter, natural de Baden, emigrado á América, se vislumbró que era riquísima en oro la Nueva California, de todas partes, alucinados por cuentos maravillosos, acudieron á la nueva Cólquida de áureo vellocino, y lo mismo que los descubridores de los siglos XV y XVI, no echaron de ver que, dedicándose sólo al laboreo de las minas, sin tener cerca floreciente agricultura, ni variada industria, ni fácil comercio, debía, sobre toda ponderación, encarecerse todo, hasta la misma comida y los instrumentos de trabajo. Mas si en esto no se reparó en siglo más conocedor de leyes económicas, menos podía exigirse de otro más cercano á tiempos en que, por adquirir oro, habían revuelto los alquimistas redomas y crisoles, recurrido los hechiceros á artes ocultas, y emprendido los mercaderes viajes arriesgados. El cebo, por otra parte, era tentador. En el Perú, del río Carbaya se sacaron en pocos años 1.700.000 pesos de oro tan fino, que subía de la ley. Los vecinos de Quito extraían de otro río arenas que dejaban en la batea más oro que tierra. Encontrábanse además otros ríos abundantes en este metal; pero como á cada paso se hallaban minas de plata, y éstas producían mucho, solían ser preferidas. En 1538 se fundó la villa de la Plata en Chuquisaca, en la provincia de los Charcas, cerca del cerro de Porco, donde existían famosas minas que los Incas habían aprovechado. Pero el contento llegó á su colmo cuando en 1547 un español, llamado Villaroel, andando por aquellas cercanías con algunos indios en busca de metal que sacar, descubrió en un alto collado, al que se conservó el nombre peruano de Potosí, mayor riqueza todavía, la cual los Incas habían ignorado. Pronto cargó allí la gente, se construyeron hermosas casas en la falda, y se convirtió aquel sitio en el principal asiento, casi despoblando la villa de la Plata con el afán de tomar minas, pues habían llegado á descubrirse en dicho cerro cinco vetas riquísimas. Era para

causar asombro ver en casa del corregidor, donde estaban las cajas de las tres llaves, hacer fundición cada sábado, y recogerse de los quintos reales desde 25.000 pesos hasta más de 40.000 á veces, lo cual cada mes hacía más de 120.000 castellanos. Así, con la afluencia de gente y la riqueza recaudada, el mercado del Potosí era el más famoso del Perú, pues tenía abundancia de mantenimientos, muchos cestos de la coca que los indios apetecían, rimeros de mantas y camisetas, paños finos de España, preciados lienzos de Rouen y de Holanda, y otros muchos artículos; de todo lo cual, desde el amanecer hasta que obscurecía, era tanta la contratación, que algunos días se cruzaban en el mercado 40.000 pesos de oro.

En suma, por su riqueza en piedras y metales preciosos, lo mismo que por sus dos grandes imperios, los productos de su suelo y la belleza de sus paisajes, podía América atraer tanto como la verdadera India, y hasta ser con ella confundida. Llave para encontrar todo eso era el mar de las Antillas con sus islas y su istmo; pero tal llave se tuvo desde los primeros descubrimientos, y por esta razón fueron tan rápidos los demás.

Es verdad que al contemplar Balboa desde las cimas de Darien en el citado istmo el mar del Sur ú Océano Pacífico, alcanzaba una prueba de que no habían llegado los españoles á la India codiciada; pero esto mismo sólo fué parte á completar los descubrimientos, extendiéndolos por regiones menos favorecidas. Díaz de Solís, que en 1508 acompañó á Vicente Yáñez Pinzón en el viaje que éste hizo por la costa brasileña con propósito de adelantarse hacia el Mediodía más que en el viaje anterior de 1499, en el cual tocó en dicha tierra por el cabo de San Agustín, preparaba desde 1512 en España otra exploración; pero no pudiendo realizarla hasta tres años después, cuando ya era sabido el descubrimiento de Balboa, enderezó su rumbo á dar con paso para aquel nuevo mar que halagüeñas esperanzas hacía concebir. No le encontró; mas el río de la Plata fué su glorioso hallazgo, y, en lucha con los naturales, las riberas de este río su ignorada tumba. Lánzase á empresa más atrevida en 1519 Hernando de Magallanes, portugués al servicio de España, quien se propone buscar dicho paso, cruzarle y conducir

á las islas Molucas la flota cuyo mando lleva. En 6 de Noviembre de 1520 penetra en el Estrecho que conserva su nombre, y veintidós días después logra salir al Pacífico; pero antes de llegar al intrincado canal, se había refugiado por los 50° de latitud en el puerto de San Julián, y tanto este punto como ese paso señalaban una nueva región: la Patagonia. Sebastián Cabot, ya célebre por los viajes realizados, bajo la protección de Inglaterra, á la costa americana septentrional, acomete en 1527, por cuenta de España, el mismo designio de Magallanes; pero no pudiendo pasar del río de la Plata, permanece cinco años en esta región, subiendo por el río Uruguay, volviendo al Plata, remontando el Paraná hasta casi el paraje donde con él se junta el Paraguay, y levantando en las márgenes recorridas algunos fuertes, como comienzo de población. Al regresar después á España, deja la atención solicitada hacia esa parte, y mientras la conquista del Perú lleva en pos la de Chile, la cual emprende Diego de Almagro, y prosigue con mejor resultado Pedro de Valdivia, que funda á Santiago y la Serena, y principia en Quillota á beneficiar minas de oro, Pedro de Mendoza en 1535 se dirige desde España al río de la Plata, edifica en la orilla meridional la ciudad de Buenos Aires, conduce sus tropas al interior, y cuando, sintiéndose gravemente enfermo, regresa á su patria, queda allá de gobernador Juan de Arolas, quien funda en el Paraguay la colonia de la Asunción, y allí concentra sus gentes. Mas pocos años transcurren cuando por esta parte Francisco de Mendoza y su maestre de campo Ruy Sánchez de Hinojosa se encuentran con Felipe Gutiérrez y Nicolás de Heredia, que habían sido los primeros en penetrar en la provincia de Tucumán, cruzando ríos afluentes del Paraná. Procedían estos españoles del Perú, cuya cordillera parecía lanzar á los conquistadores hacia nuevas tierras, como á los ríos que bajan de ella, alimentados por las nieves de sus altas cimas. Del Perú, acompañando á Gonzalo Pizarro, en dirección á Oriente desde Quito, en busca del país donde, según la fama, se criaban árboles de canela, había salido Orellana, y precisado á separarse con algunos compañeros para ir por bastimentos á una isla del río que seguían, la curiosidad de una parte, y de otra la poderosa corriente que arrastraba el bergantín y las canoas, le llevaron

al cabo de algunos meses á la desembocadura que en 1499 había visto Yañez Pinzón al cruzar por primera vez la línea equinocial en la región americana. Era el río recorrido por Orellana el majestuoso Marañón ó Amazonas, que en un curso de unas mil cien leguas (6.200 kilómetros) recibe el tributo de muchísimos ríos, algunos más caudalosos que el Danubio. Del Perú también, avanzando por el Norte, salió Belalcázar, el capitán de Francisco Pizarro, que, en premio de haber sojuzgado á Quito, había alcanzado de España el gobierno de Popayán. Mas otras exploraciones desde la costa del mar de las Antillas se hacían en opuesto sentido, y Belalcázar se encontró con Federman, teniente de los Welzers de Hamburgo, á quienes Carlos V había cedido el territorio de Venezuela á cambio de recursos pecuniarios; y con Jiménez de Quesada, que había fundado el reino de Nueva Granada, partiendo de Santa Marta, y subiendo por el río Magdalena, hasta llegar á los dominios de los príncipes Bogotá y Somondoco, donde no era la hermosa cascada de Tequendama lo que más admiración produjo, sino la gran riqueza mineral de tierras, á proporción más abundantes que las del Perú en oro y esmeraldas.

No menos contribuye el Mar del Sur ú Océano Pacífico á completar los descubrimientos en la América del centro y en la septentrional. Desde Panamá, en 1522, Gil González de Avila sube á Nicaragua, en cuyo interior penetra, en tanto que su piloto Andrés Niño sigue costeando hasta Tehuantepec, y vueltos ambos á la costa donde se habían separado, y luego á Panamá, pasa el primero á la isla de Santo Domingo y concierta otras naves para tornar por Honduras á Nicaragua y saber dónde, en esta otra costa, vertía sus aguas el gran lago que posee esa tierra. Mas ya estaba sometida la capital de Méjico, y los capitanes de Cortés, cuando no éste mismo, invaden los países inmediatos. A las riberas del Mar del Sur son guiados por sus propias conquistas Olid y Sandoval, que someten á las gentes de Zacatula y Colima. Hacia el mismo mar va Pedro de Alvarado, que baja á Guatemala, lindante con las tierras visitadas por González de Avila y con el Yucatán, cuyo descubrimiento, hecho en 1517 por Francisco Hernández de Córdoba, había conducido poco después, primero á Grijalva por la costa

hasta el río Panuco ó lugar donde hoy existe Tampico, y luego á Cortés, tierra adentro, á la conquista de Méjico. Pero si brillan las armas en las riberas del Mar del Sur, no quedan tampoco ociosas en las costas del golfo mejicano y del Mar de las Antillas. Cortés combate en 1523 con los de Panuco, adonde llega por entonces, con afán también de conquista, el Gobernador de la Jamaica, Francisco de Garay, después de haber enviado al mismo sitio otras expediciones con Alvarez de Pineda y con Alonso de Camargo. Pacificada esa tierra, Cortés manda enseguida á Olid con navíos desde Veracruz á la Habana, para que aquí se provea de caballos y pase á Honduras y golfo de Higueras. Mas ya llegado á esta comarca, álzase Olid contra su general, y éste se lanza por tierra hacia esta parte, realizando á través de Tabasco y Chiapa un viaje asombroso, por camino tan difícil que le obliga á construir cincuenta puentes en un trayecto de veinte leguas. Tales conquistas entre ambos mares sugieren á Cortés en 1524 el propósito de hallar paso del Atlántico al Pacífico. De la que llamaban costa de Bacalaos, es decir, Terranova y país de Labrador, se tenía noticia por los viajes hechos por Juan Cabot, su hijo Sebastián y el portugués Cortereal; y de la Florida, porque en 1512, Juan Ponce de León, conquistador y Gobernador de Puerto Rico, la descubrió, aunque sin fruto para él, con utilidad para los viajeros, pues allí había reparado en la gran corriente marítima que desde el golfo mejicano pasa por el estrecho de Bahama, facilitando los viajes de regreso á Europa. Alentado por el recuerdo de estos descubrimientos, y por lo que le hacían entrever sus propias conquistas, proponíase Cortés hallar el secreto de la costa comprendida entre Panuco y la Florida, riberas no exploradas sino por luengo recorridas en sentido contrario por Garay ó los suyos, y tras de ello, seguir por la costaørideña oriental hasta la de Bacalaos. Mas no contando en los años siguientes con medios bastantes para tal empresa, ni convidando á ella el infortunio de Pánfilo de Narvaez, que en 1528 pereció, con casi todos los que le acompañaban, al recorrer la costa septentrional del golfo de Méjico, intenta Cortés hallar el deseado estrecho por el Mar del Sur, donde iba adelantada la conquista de tierras al Norte, con haber sometido Nuño de Guzmán, por su propia

cuenta, la provincia de Xalisco ó Nueva Galicia; y si no fuera dado descubrir ese estrecho, quiere Cortés conocer, por lo menos, mayor extensión de la costa occidental mejicana, desde la cual, en 1528, había podido mandar á Alvaro de Saavedra en auxilio de la flota de Loaisa, que, habiendo cruzado el estrecho de Magallanes, corría con grande riesgo hacia las Molucas. Desde Acapulco, en 1532, despacha dos naves, y año y medio después otras dos desde Tehuantepec; pero no logrando ambas expediciones costear bastante hacia el Norte, Cortés hace venir, en 1535, del puerto de donde salió la segunda, una armada de tres naves á Chametlán, cerca del pueblo de Mazatlán, y él mismo, bajando allí, desde la capital de Méjico, se embarca en la nueva expedición que, más afortunada que las anteriores, penetra en el golfo de la California y toca en esta península. Regresa entonces Cortés, pero en 1539 aun envía desde Acapulco otras tres naves con Francisco de Ulloa, quien avanza más en el interior del golfo y recorre mayor parte de sus dos costas. Crece el afán por llegar á China y á las Molucas desde Méjico, y á la vez la exploración por tierra en este país sigue alentando la navegación, pues Fr. Marcos de Niza, franciscano, exagera lo que ha visto y cuenta maravillas de las siete ciudades de Cibola, situadas más al Norte. Pedro de Alvarado, que había alcanzado de España el gobierno de Guatemala, como Francisco Montejo, otro capitán de Cortés, había logrado el de Yucatán, levanta poderosa armada para subir costeando hasta ver si California se une con la China y enviar gentes á visitar las siete famosas ciudades; pero ya comenzado el viaje, un accidente privó de la vida, en tierra de Xalisco, al intrépido Gobernador, y la empresa quedó suspendida. Mas el virrey de Méjico, don Antonio de Mendoza, que daba su apoyo á Alvarado, la acomete por su cuenta. Por tierra llega á Cibola y pasa á Quivira Vázquez Coronado, mientras Hernando de Alarcón, encargado de secundarle en el golfo de la California, avanza hasta lo más interior y remonta muchas leguas del río de Buena Guía, ó Colorado, como se llamó adelante. Por orden también de Mendoza, en 1542, dos años después de emprendidas esas dos expediciones, sale una armada á las órdenes de Rodríguez Cabrillo á recorrer la costa occidental de la península de California, y esta

armada consigue subir algo más allá del cabo Mendocino, por los 43° de latitud.

Medio siglo tan sólo iba transcurrido desde que Cristóbal Colón llegó á America, y ya habían descubierto los españoles, desde los 43° al Norte del Ecuador, hasta más de 50° al Sur. Estuvo su afán excitado en ese tiempo de continuo, y era lo más curioso, que como si en la América septentrional ó en la meridional no hubiera campo bastante, no pocos de los que en una de esas dos partes descubrían ó conquistaban, se lanzaban después á la otra. Diego de Ordás, el capitán de Cortés, que contaba entre los títulos de su fama haber subido en Méjico al volcán de Popocatepec, alcanzando luego de España el gobierno de las tierras donde desemboca el río Marañón, recorre desde Paria largo trecho de costa con objeto de fundar colonias. Pedro de Alvarado, ya Gobernador de Guatemala, al saber las riquezas recogidas en la conquista del Perú desde Cajamalca á Cuzco, se embarca para Puerto Viejo, bien equipado de gentes, caballos y armas, á fin de llegar á Quito antes que los capitanes de Pizarro, y subiendo por la cordillera, sin temor á sus desfiladeros ni á su manto de nieve, sólo se retira después de llegar á concierto amistoso con Diego de Almagro, que le sale al encuentro. Alonso de Camargo, que había cruzado el golfo de Méjico por ir á Panuco por cuenta de Garay, se dirige más adelante al estrecho de Magallanes y le pasa, certificando lo difícil y peligroso de tal navegación. Era Alvar Núñez Cabeza de Vaca, de los compañeros de Narváez en su expedición á la Florida. Con él, recorriendo la costa occidental de esta tierra, había ido al pueblo de Apalache, y con él, avanzando desde aquí algo á Poniente, había vuelto á la costa; pero al embarcarse todos de nuevo y navegar por delante de las bocas del Mississipí, Alvar Núñez fué de los pocos que, acogiéndose en el naufragio á una isla al Oeste de esas bocas, pudo salvar la vida. En esa isla, á que dieron el nombre de Mal-hado, y en la costa de enfrente, pasó seis años en servidumbre de los indios. Al cabo de este tiempo, con un compañero que le quedaba, pues los demás habían muerto ó se habían adelantado á probar fortuna, se aventuró á recorrer la costa del actual Estado de Texas, y cuando su compañero, medroso, prefirió vol-

verse, Alvar Núñez encontró á poco á tres de los que se adelantaron, y con ellos, pasando mil peligros y haciendo de médicos entre los indios, cruzó por el Norte de Méjico desde Texas hasta el Mar del Sur, llegando por Culiacán á la villa de San Miguel, situada en la costa de ese mar, á diez y siete leguas del Guayabal, y perteneciente á la gobernación de Xalisco. Pero este mismo Alvar Núñez, que tan alto ejemplo de valor en los sufrimientos había dado en su larga correría por la América septentrional, es el mismo que, restituído á España, sale de aquí con nombramiento de Gobernador del Paraguay y río de la Plata, y al arribar á la costa del Brasil, cerca de la isla de Santa Catalina, se dirige por tierra á la Asunción, residencia principal del gobierno que se le confiara, y abriéndose paso á fuerza de hacha por espesos bosques, y arrostrando el encuentro con tribus indias al salir á parajes descubiertos, llega allá sin perder un sólo hombre, después de recorrer en setenta días más de cuatrocientas leguas por regiones ignoradas, dando otra prueba de perseverancia quien siempre la dió de desinterés y probidad. Y Hernando de Soto, capitán que á las órdenes de Pizarro tanto se había distinguido en la conquista del Perú, vuelto á España, acepta el gobierno de Cuba y el encargo de someter á los moradores de la Florida; y desembarcando al efecto con sus tropas en esta región, entra en Apalache, pasa á Movila, libra recias batallas con grandes pérdidas, recorre las márgenes del Mississipí, y, sintiéndose enfermo de muerte, encomienda el ya escaso ejército á su teniente Moscoso, quien, fallecido el capitán, se retira con las fuerzas de su mando, navegando por el caudaloso río veinte días, acosado por los indios, hasta que llega á parte tan ancha, que por uno y otro lado se pierden de vista las riberas. Así, unas veces porque las apariencias mantenían la ilusión de Cristóbal Colón de que América era la India, otras veces porque, ya conocido el error, se renovaba el propósito del gran navegante de llegar á la India por Occidente, y otras porque se cedía al atractivo de explorar regiones que, si no eran Catay y Cipango, prometían tanto como ellas, los descubrimientos no se dieron tregua alguna, y en medio siglo se había ya llegado á los países más hermosos, florecientes y productivos, sin que fueran parte á detener el afán de

exploración ni espesos bosques, ni alta cordillera, ni laberíntico estrecho, ni ríos caudalosos; pues si las barreras naturales y el esfuerzo de los indios rechazaban á veces á los que descubrían ó conquistaban, revolvíanse éstos como el río Amazonas, cuyas aguas, rechazadas por la marea á gran distancia de la desembocadura, forman elevadas olas, que inundan las riberas. Y recorriendo tantos países, tan brillante y seductora vieron y mostraron á América, que si en la Edad antigua, los que ansiaban gloria, provecho ó mayor noticia del mundo, decían: *Á la India*, y en la Edad media añadían: *al Catay y Cipango*; también en la Edad moderna se amplió el propósito, y *á América* dijeron á una voz viajeros, mercaderes, políticos, misioneros y capitanes (*Grandes aplausos*).

GOBIERNO

DE

FREY NICOLÁS DE OVANDO

EN LA ESPAÑOLA.



